

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

asesino bondadoso

peter debry



COLECCION

PUNTO ROJO



PETER DEBRY

ASESINO BONDADOSO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 431

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 21.119 - 1970

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: julio, 1970

© PETER DEBRY, 1970
sobre la parte literaria

© MIGUEL GARCIA - 1970
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

1.159 — Pista para pistoleros.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.032 — Un tigre, tres ingenuas.

En Colección BUFALO:

870 — Grabado al plomo.

En Colección CALIFORNIA:

714 — Dúo para sogá.

En Colección SALVAJE TEXAS:

614 — Legionarios del «Colt».

En Colección COLORADO:

462 — Telón de plomo.

En Colección PUNTO ROJO:

429 — Peligroso asomarse.

En Colección ASES DEL OESTE:

374 — Mercenarios del plomo.

En Colección KANSAS:

620 — Escuadrón bárbaro.

CAPÍTULO PRIMERO

Segundos antes dormía profundamente. Ahora se removía inquieto bajo las sábanas. Y refunfuñaba en vano. La máquina vencía al hombre.

El teléfono que sobre la mesita de noche había empezado a tintinear con lejana timidez, se había convertido ya en una remachadora.

Glen Duncan alargó un brazo y aplicándose el auricular volvió a ladear la cabeza sobre la almohada.

El reloj de esfera fosforescente señalaba las cinco y veinte de la madrugada.

Una voz engolada, solemne, resonó al oído del adormilado:

—Ruego se ponga al aparato el señor Duncan. Glen Duncan.

—Glen Duncan dormía decentemente hasta que usted, a una hora intempestiva...

—¡Señor Duncan! —atajó el comunicante—. Le envió un coche oficial desde Hampton Yard inmediatamente. Ha de presentarse con toda urgencia en...

Glen Duncan, asomando la lengua, emitió una vibración descortés y ruidosa, antes de colocar el teléfono bajo la almohada.

Volvió a adormilarse dedicando mentales injurias al imbécil bromista que consideraba una fina ironía despertar a los abonados de la guía.

Citándolos para acudir a la prisión en cuyo patio se ejecutaba a los convictos de asesinato.

No supo el tiempo transcurrido, pero debían ser apenas unos minutos porque estaba aún en el primer estado de somnolencia renovada, cuando en vez del teléfono repicando, otro bromista estúpido se dedicaba a tocar el tambor.

Muy cerca. Al otro lado de la puerta.

Exasperado, Duncan apartó las sábanas, encendió la pantalla y

embutiéndose en el albornoz, se dirigió a paso ligero al extremo del ático-estudio, en cuya puerta estaban golpeando con energía.

Pese a ser irlandés, Glen Duncan solía enojarse raramente. Había aprendido a dominar sus impulsos.

Pero abrió la puerta de repente con la firme intención de devolver los puñetazos que la puerta había soportado.

Retrocedió atónito.

Dos policías uniformados se mantenían a cada lado del umbral y un individuo de fúnebre aspecto, vestido enteramente de negro, salvo la camisa, entró diciendo con tono de reproche:

—Debería estar ya vestido, señor Duncan. Le aguardo. Sólo disponemos de una hora.

La mirada glacial del desconocido se dirigió al fondo del ático. Comprendió por qué no estaba vestido Duncan, viendo el hilo telefónico surgir de bajo la almohada.

—Me llamó un bromista diciendo que era el gobernador de Hampton Yard, y comprenderá que...

—Vístase aprisa, señor Duncan, se lo ruego. Un hombre que va a ser ejecutado solicita en su última voluntad tener una entrevista con usted.

—¿Con... conmigo?

Y a la vez pasó Duncan tras el biombo.

Revistió sobre el pijama su pantalón de franela y la chaqueta de pana. Calzándose los mocasines a taconazos, cogió un pañuelo de cuello, anudándose.

Los dos policías permanecían esperando, impasibles. Reconoció Duncan en ellos, una de las parejas que efectuaban las rondas nocturnas por su barrio.

Llevando el abrigo al brazo, fue a recoger de encima un montón de partituras inacabadas, su sombrero negro. Al encasquetárselo, restallaron en contraste los rojizos cabellos.

Siguiendo al hombre de luto, preguntó intrigado:

—¿Está usted seguro de que no se trata de un error?

—Estos dos funcionarios que han llamado al portero, atestiguan con su presencia que no colaboran en errores, señor Duncan —replicó con dignidad ofendida el enlutado, entrando en el ascensor.

Los dos policías sonrieron amistosamente. Cerrando su puerta, Duncan se encogió de hombros. Denotaba claramente que la

sorpresa le apabullaba.

Los dos policías bajaron por la escalera.

En el ascensor, dijo el enlutado:

—Permítame presentarme. Soy Perkins, el ayudante del gobernador de Hampton Yard. Lamentando haberle privado de una hora de sueño, me he atenido al reglamento.

Salían del ascensor. Vio Duncan al matrimonio porteril mirándole con escandalizado reproche.

Nerviosamente, al pasar ante ellos, dijo:

—Abandonen toda la esperanza de perderme de vista. Voy de visita y no de inquilino a la...

—¡Señor Duncan! —llamó Perkins desde la puerta abierta.

Era completamente de noche, y por una casualidad la niebla estaba ausente. La atmósfera cortaba como un cuchillo afiladísimo.

Estremeciéndose se sentó Duncan en el asiento posterior del «Daimler», al lado de Perkins, que comentó:

—Me he permitido interrumpirle porque el reglamento le impondrá la máxima discreción. Trataré de resumir brevemente mientras llegamos a destino. Supongo que habrá usted leído el proceso de Michael Langlen.

—Creo recordar algo, en efecto. Me llamó la atención por tratarse de un compatriota. Estranguló a un fotógrafo, ¿no?

—Esto es. Bien... Michael Langlen será ejecutado a las seis cuarenta. Cuando le fue preguntada cuál era su última petición, solicitó recibir su visita.

—¿Mi visita? No conozco de nada a este hombre.

—La entrevista tendrá lugar ante mi presencia, señor Duncan. Asistirá también el letrado que de oficio fue designado para la defensa.

—Francamente, no tengo la menor idea del motivo que ha impulsado a Langlen a formular una petición tan rara. Además, he de confesar que es un trago desagradable tener que enfrentarme con un asesino a punto de morir.

—Michael Langlen es taciturno, respetuoso, y sean cuales sean sus culpas, se mantuvo virilmente firme al serle comunicada la denegación de indulto.

—Espero que seguirá igual de firme.

El chófer conducía a la máxima velocidad.

Londres estaba en su hora muerta, pensó Duncan. Reprimió otro escalofrío.

CAPÍTULO II

El «Daimler» bajó por la pendiente de Carwood. Poco después se detenía en un patio lóbrego. En torno se erguían las cuadradas fachadas del edificio penitenciario.

Había una furgoneta negra esperando en el patio.

—Por aquí, señor Duncan.

Un porche, un rastrillo, un corredor iluminado débilmente, un pastor anglicano hojeando una Biblia y dos celadores que se acercaban.

Uno de ellos introdujo una llave en una de las puertas herméticas.

Perkins, en el umbral, anunció solemnemente:

—Cumplido su deseo, Langlen. Pase usted, por favor, señor Duncan.

Quitándose el sombrero, Glen Duncan avanzó titubeante.

No sabía si adoptar un aire campechano, o el contrito aspecto de los asistentes a un funeral.

Habla dos hombres en la celda. Uno vestía de oscuro, elegantemente. El otro, bajo y ancho de espaldas, tenía el cabello cortado al rape. Calzaba botas de gruesa suela. Su traje lo componían un pantalón azul de sarga con blusa del mismo tejido. El cuello del jersey azul se enrollaba al cuello macizo.

Tenía los ojos muy azules, casi infantiles. Se levantó del catre en que se sentaba y dijo, con calmosa entonación:

—Le agradezco su visita, señor Duncan. Me llamo Mike.

—Yo, Glen. Somos compatriotas... ¿Podemos fumar, Mike?

El individuo vestido con sobria elegancia intervino:

—Voy a dejarle solo con el señor Duncan, Mike. Hasta luego.

Glen Duncan procuraba no mirar como fascinado, pero se sentó como un autómatas, al designarle Langlen la única silla frente al catre.

Era horrible la calma del que sabía que iba a morir ahorcado antes de media hora. Estaba aspirando el humo del cigarrillo que acababa de encenderle Duncan.

Entornados los párpados, firmes las manos.

—Leí en una revista que usted era compositor, Glen. A mí también me gustaba componer, pero muy rudimentariamente. Poco antes de abandonar Belfast para ir a mi perdición, compuse una pequeña sinfonía de carácter íntimo. La titulé *Sheila de Kilmorey*. El *leit motiv*, silbado, tal vez le gustará.

Duncan asintió, íntimamente espeluznado. Aquel pobre hombre, de bondadosa expresión alucinada, estaba loco. No cabía la menor duda.

Silbaba.

Con gran sentido del ritmo, entre dientes. Al cesar en su tenue silbido, miró interrogante al compositor, que aprobó sonriente:

—Magnífico, Mike, muy bien, hombre.

—No estoy loco, Glen. Lo debí estar cuando abandoné Belfast, tentado por el afán de viajar. Allí lo tenía todo, y cuando le silbaba mis composiciones a la pescadora de cabellos de lino, mejillas de manzana y ojos de lejanía, yo era feliz. Puede que esta música le sirva, Glen. A mí ya no me servirá.

Sintiendo un nudo en la garganta, Glen Duncan extrajo de un bolsillo su bloc pautado y un bolígrafo.

Para llevarle la corriente al que creía un desquiciado, dijo:

—Voy a anotarlo, Mike. ¿Cómo era...?

La melodía de ritmo obsesivo quedó anotada.

Michael Langlen, juntas las recias manos, parecía implorar.

—Usted es un artista sensible, Glen. La existencia de un hombre es una extraña sinfonía que sólo un temperamento sensible como el suyo puede componer. *Sheila de Kilmorey* es sencilla. En cambio, *Éramos cuatro compañeros* creo que tiene algo espiritualmente afrancesado. Anote, Glen...

Glen Duncan sentía un frío sudor recorrerle la espina dorsal mientras anotaba la nueva melodía.

No había el menor trémolo en la rítmica modulación de los silbidos.

—Pues sí, realmente es como dice, Mike... ¿Otro pitillo?

—No, gracias. He estado pensando mucho desde que me extravié

entre la humana maldad. Mi defensor me reprochó mi obstinado silencio. Pero es que la justicia humana no basta para castigar ciertos delitos. Sólo un artista sensible puede recomponer la sinfonía de una pobre existencia como la mía. He decidido morir digna y bondadosamente, Glen Duncan.

—Me agrada su... valentía, Mike. Yo le aseguro que, posiblemente, en su lugar, no tendría... En fin, discúlpeme, Mike. ¿Desea algo especial en que yo pueda serle útil?

Michael Langlen denegó con la cabeza, lentamente. Habló con una extraña calma:

—Voy a morir bondadosamente sin acusar a nadie. Yo estrangulé a Robin Hosier y quise huir cuando la policía me sorprendió. Causé daño a dos policías en mi resistencia. Y Robin Hosier se salvó de la larga agonía que yo pensaba aplicarle. Mi último error fue matarlo... Mi primer error fue abandonar Belfast. Por suerte, no tengo familia alguna. Sólo esta clave musical de dos sinfonías íntimas.

Duncan se daba perfecta cuenta que tras la entornada puerta estaban escuchando.

El delirio demencial de un pobre irlandés, inculto, silbador y asesino.

—Hubiese querido tener unas manos como las tuyas, Glen. Ágiles, nerviosas, como las describía la crítica del *Illustrated News* del trece de febrero. No unas manos como estas mías, torpes y bastas.

Duncan miró las manos que tras mostrarlas apoyaba Langlen en sus muslos.

Los dedos cuadrados, bastos, de uñas sucias, repiqueteaban sobre la sarga azul. Interrogaba la mirada de Langlen, mientras silbaba.

Asintió Duncan lentamente. En efecto, sabía Morse. El mensaje era tan extraño como la música silbada. «Posada Old Dunluce, pida a Sheila mi única carta». Los dedos dejaron de puntuar el reiterado mensaje. La puerta se abrió del todo. Perkins anunció:

—Ha transcurrido el tiempo reglamentario, Langlen. Poniéndose en pie, Duncan se esforzaba en pensar: «Es un asesino, no es más que un vulgar asesino». Michael Langlen tendía las dos manos, sonriente, infantiles los ojos.

—Adiós, Glen Duncan. Que la más sublime inspiración te acompañe siempre. Adiós.

Sacudiendo las manos del sentenciado, Duncan trató de sonreír.

Sólo logró crispar los labios en convulsa mueca.

Dio media vuelta y salió con rapidez.

Le resultaba insoportable la patética figura de Michael Langlen, sonriendo con candidez, como un alucinado, cuyas visiones íntimas le daban aspecto de sobrehumana bondad.

CAPÍTULO III

En su despacho, el alcaide gobernador ofreció:

—¿Una taza de té, señor Duncan?

—La necesito, créanme.

—Ya conoce al señor Corey —indicó el gobernador, designando al individuo vestido con sobria elegancia.

Bebiendo el té, parpadeó afirmativamente Duncan. Encontraba muy inteligente al alcaide, que estaba escanciándole coñac en una copa.

Malcom Corey, el abogado defensor, expuso doctoralmente:

—Sostuve la tesis de que Langlen era un irresponsable. Pero él no hizo nada para ayudarme. No me dio la menor razón plausible que justificase su acto. Era evidente que penetró en el taller fotográfico de Robin Hosier para robar, como lo demostraba el desorden de ropas y mobiliario. Fue Hazel Gibson, la prometida de Hosier, la que yendo a visitarle, pudo alertar a la policía. Tras una desesperada resistencia en la que hirió a dos agentes, Michael Langlen se transformó... en el hombre que usted ha visto. Un silbador.

—Pero el señor Duncan ha obtenido mucho más —dijo el gobernador.

—¿Qué ha obtenido? Tan sólo una serie de divagaciones musicales.

—Perdonen mi impertinencia —terció Duncan—. ¿Cabe la menor posibilidad de un error judicial?

El alcaide agitó su cigarro en negativa reiterada. El abogado rió con melancolía antes de declarar:

—Mi querido señor Duncan... He de manifestarle que salvo la actitud bondadosa del taciturno procesado, que dentro de unos instantes entregará su alma al Supremo Juez, no hay la menor sombra de duda en esta sentencia. Michael Langlen estranguló a

Robin Hosier, un héroe de la guerra, para robarle. Entre ellos no hubo nunca la menor concomitancia ni coincidencia en ninguna fecha. Fue pura y clásicamente un vulgar asesinato. La víctima hubiera podido ser usted mismo, o yo, señor Duncan.

Levantándose, murmuró Duncan:

—Tardaré en olvidar esta madrugada.

—Perdón, señor Duncan. El reglamento me exige que cualquier postrera declaración del sentenciado sea archivada. Considero inútil tomar copia de las notas musicales, ya que comprendo muy bien que las anotó usted para complacer al condenado a la última pena. Pero hay que cumplir todos los requisitos legales. Le devolveremos su cuaderno a primera hora.

Perkins apareció efectuando una leve inclinación de cabeza.

El alcaide gobernador, yendo hacia la puerta, dijo:

—Excúsenme unos instantes, señores.

Al quedar a solas con el abogado en el despacho, Duncan repiqueteó con los dedos sobre los brazos del sillón.

Malcom Corey, puliéndose las uñas en la solapa, comentó:

—A instantes, Langlen daba la impresión de un visionario. Cuando le hacía preguntas netas, se limitaba a contestar: «No sé. Lo he olvidado todo. No sé».

—¿Qué preguntas?

—Por ejemplo, sobre su empleo del tiempo en el intervalo que medió desde su desertión como buzo al servicio del Almirantazgo en una isla del Mediterráneo, hasta que reapareció en Londres, debatiéndose como un energúmeno contra los cuatro policías avisados por Hazel Gibson. Dijo primero una sarta de mentiras. Que había sido hecho prisionero por los italianos. Que le iban a fusilar, pero que escapó. Un policía del servicio internacional le fue rebatiendo y demostrando una por una sus mentiras.

Duncan agitó la mano con leve impaciencia.

Aquel abogado charlatán debía tener costumbre de considerar normal que la horca acabase con los asesinos.

Pero Duncan «veía» mentalmente a Mike Langlen, el misterioso silbador, subiendo al patíbulo. Y al ser encapuchado, la negra tela ocultaba su rostro redondo, de facciones toscas, cándidas...

Duncan saltó en pie nerviosamente. La puerta dio paso al alcaide, que manifestó:

—No pronunció una sola palabra y cumplió. Ha sabido morir digna y bondadosamente, como decía. Agradezco su intención, señor Duncan.

Declaró Corey:

—Me he permitido copiar la música para su archivo, gobernador. Los artistas tienen sus manías y el señor Duncan no podría dormir sin su cuaderno musical. Posiblemente le será fructífera la visita. Al fin y al cabo, Langlen silbaba con arte, y...

—Buenos días, gobernador —atajó Duncan al abogado. Ya cerca de la puerta que mantenía abierta Perkins, se volvió Duncan para tender un índice acusador hacia el abogado:

—Mike silbaba con arte, Corey. Y si usted mantuviese cerrado el pico, se notaría menos que es usted un botarate.

—Los nervios —sonrió el abogado—. No se lo recrimino...

Perkins cerró la puerta, acompasando su paso a la zancada del compositor. En el patio, el «Daimler» esperaba. La furgoneta negra se había ido.

—Prefiero caminar un poco, Perkins. Ya no reanudaré el sueño de todos modos. Buenos días, Perkins.

Acompañándole hasta el abierto rastrillo de salida, Perkins advirtió:

—No pudo impedirse que un fotógrafo reportero tomase unas instantáneas al salir de su domicilio, señor Duncan. Me temo que la prensa sensacionalista publicará truculencias.

Encogiéndose de hombros, Glen Duncan alzó las solapas de su abrigo emprendiendo la subida de la pendiente de Carwood.

Iba «recomponiendo».

Langlen había leído una crítica musical, porque citaba textualmente... había citado textualmente «las manos ágiles y nerviosas». Pero no era en un *Illustrated News* donde apareció aquella crítica, ni ningún trece de febrero.

Se detuvo al pisar la entrada al puente de Kingston. Dos hombres bajaban de un coche, corriendo hacia él.

Crispó los puños en los bolsillos de su abrigo.

—Prensa —dijo uno de los dos desconocidos—. Será una buena propaganda para usted, Duncan. Mi compañero vio el coche de Hampton Yard. Pudo obtener una magnífica instantánea. Ya ha rendido cuentas ante el tribunal del Más Allá, Mike Langlen. ¿Por

qué solicitó verle a usted?

—Pregúnteselo al abogado Corey. Estuvo escuchando. Lo siento, señores. Dejen paso, ¿quieren?

—¿Se mostraba cínico o arrepentido Mike Langlen?

—Supo morir digna y bondadosamente.

—¡Espléndido! ¿Y en qué consiste exactamente este modo de morir en un asesino?

Duncan sonrió, relucientes los grises ojos.

—Sobre cada lápida inscriben tres mayúsculas, solicitando que el muerto descanse en paz. Estoy algo nervioso, y no me gustaría aparecer en la crónica de sucesos por pegarle un estampido nada musical a un honrado cuervo del papel impreso. Buenos días.

Se apartaron los dos periodistas. Glen Duncan, alejándose, silbaba entre dientes. En su ático, se aproximó al piano, empujando la palanca de sordina.

Dejó correr los dedos por el teclado. Primero suavemente. Después con creciente y rabiosa intensidad. Por fin, fue a echarse sobre la cama.

Desde que seis meses antes hubo terminado la guerra, se había creado un código. Vivir sencilla y simplemente para la música, sin más complicaciones.

Y ahora le estaban complicando la existencia dos melodías muy distintas entre sí:

Sheila de Kilmorey y *Éramos cuatro compañeros*. Despertó sobresaltado. El reloj marcaba las once.

Pasó a desvestirse y a ducharse. Ya afeitado, se aplicó un largo masaje facial. Sus dedos repiquetearon en Morse.

Se miró al espejo, indignado:

—Era un pobre loco y nada más. Se trata de que no te contagies, ¿estamos?

Pero tras almorzar consultó la guía telefónica. Y marcó los números correspondientes al apartamento de Hazel Gibson.

Habló con ella y abandonó el ático inmediatamente.

En un taxi, desdobló el periódico. En «Última hora» leyó el titular en gruesos caracteres:

«Michael Langlen, el asesino silbador, pidió compañía antes de subir al patíbulo».

Una fotografía en primera plana reproducía a Duncan, de perfil, en dos veces. Subiendo al coche de Perkins y en el umbral de Hampton Yard.

«Glen Duncan, el genial compositor, disponiéndose a visitar al condenado a muerte».

«Glen Duncan abandonando el patio tras la ejecución».

«Interrogado, se limitó a declarar que Michael Langlen había sabido morir digna y bondadosamente».

El abogado Corey, más prolijo, aludía a esquizofrenias musicales y delirios preliminares a la ejecución. Hacía resaltar que la última voluntad de cualquier condenado era respetada si no infringía el reglamento. Michael Langlen había leído críticas acerca del arte musical y quiso despedirse del mundo legando a un compositor unas melodías de ritmo elemental.

Estrujó Duncan el periódico. Le convenía ausentarse un par de semanas de Londres para evitar el aluvión de invitaciones morbosas.

Desistió de visitar a Hazel Gibson, la novia del asesinado Hosier. Era absurdo pensar que la policía no hubiese profundizado con meticulosidad.

Ella había aceptado recibirle. Pero no había el menor misterio en Hazel Gibson, la modelo novia de Robin Hosier, un excombatiente como el noventa por ciento de la población londinense.

Al mediodía, una agencia le conseguía un pasaje para las dos, en el avión de la BEA, vía Dublín —etapa, Belfast— término.

CAPÍTULO IV

Al sudoeste de Belfast, la carretera se ramificaba en tres conducentes a distintos barrios. El taxi en que iba Duncan penetró por la senda del barrio de Kilmorey.

Terminaba en la cima de una colina. Allí se erguía la antigua hostería Old Dunluce.

Bajo un cielo plumizo, con viento tormentoso procedente del mar, el horizonte sombrío se iluminaba a instantes con el zigzag del rayo.

Pensó Duncan que un escenarista decorador en busca de ambiente para una película macabra se habría entusiasmado viendo el caserón plantificado desde siglos en la rocosa explanada de la colina de Kilmorey.

El viento de la galerna mugía con fuerza, frenando el avance del taxi. Los maderos de las contraventanas exteriores crujían, y en la pancarta de hierro sobre la puerta, volteaba en torno a su eje, con gemidos hirientes.

Al detenerse, el taxi se protegió en un entrante cubierto, al lado de un torreón con puerta abierta, sostenida por dos garfios.

Daba acceso a la sala general. Una sala amueblada al estilo siglo XVIII, con su gran hogar de campana, una mesa mostrador entre barriles, techo bajo, de gruesas vigas ennegrecidas por el humo y mesas con banquetas que mostraban las heridas del tiempo transcurrido.

La concurrencia era escasa. Una mujer haciendo calceta junto al hogar, dos jugadores de ajedrez, un espectador de la partida y una muchacha entre los barriles, sacando lustre a una vasija de bronce.

Glen Duncan leyó uno de los carteles que repetían en cada esquina:

«Visite el Patíbulo de las Violetas, la Oreja de Mac

Kerc y la Escalera de Donegal. Guía y linterna por media corona».

Duncan, aproximándose al mostrador, detallaba a la irlandesa típica que, abrigando el bronce, sonreía como ausente, lejana.

Mejillas rojas, cabello de lino, ojos clarísimos...

Saludó Duncan a la antigua usanza irlandesa:

—Dios con todos nosotros.

—Y que nunca nos abandone —replicó la muchacha.

Vestía larga falda a rayas, zuecos, delantal bordado, corpiño de listas, blusa de encaje, y se cubría en parte la cabeza con cofia picuda.

Miró la media corona que dejaba Duncan sobre el mostrador, y descolgando de su garfio una linterna que encendió, dijo:

—Por aquella puerta pasaremos a la escalera tallada en la misma roca, señor. Una escalera subterránea.

La siguió Duncan hacia el fondo de la sala, donde una puerta se abría sobre un rellano. Unos peldaños amplios iban descendiendo en caracol.

Ella pisaba conocedora del terreno, volviéndose para iluminar los peldaños y explicaba:

—Esta escalera la empleaba el pirata Ian Donegal, *el Renegado*, antiguo dueño de esta posada. Aquí, en este lugar, ajusticiaba a los espías enemigos.

Trazó ella con la linterna un semiarco mostrando el rellano con una gran piedra central en alto sobre cuatro pilastras cuajadas de violetas, al igual que el musgo bajo la piedra.

Añadió ella:

—Han venido aquí músicos y poetas para inspirarse. El bramido del mar llega cuando hay galerna, penetrando por la bocana de la roca llamada oreja de Mac Kerc, porque era el atisbadero favorito del pirata que venció en duelo a Donegal.

Duncan preguntó:

—¿Usted es Sheila?

—Sheila Munroe de Kilmorey —asintió ella.

—¿Conoce esta melodía?

Moduló Duncan boca cerrada, con la garganta, el *leit motiv* de *Sheila de Kilmorey*.

Ella, dejando la linterna sobre la piedra, bajó los párpados y murmuró:

—Michael silbaba esta música cuando venía a buscarme.

—He visto recientemente a Michael Langlen y me dijo: «Vete a Old Dunluce y pídele a Sheila mi única carta».

Sheila Munroe preguntó:

—¿Por qué no viene Michael? El señor Flaherty y Maureen me han estado diciendo que nunca volverá Michael.

—¿Quiénes son Flaherty y Maureen?

—El señor Flaherty es el constable[1], y Maureen es la viuda propietaria de esta posada. Pero cuando Michael empezó a enviarme desde Londres, cada quince días, diez libras, Maureen me recogió aquí, y yo heredaré esta posada. Sólo a un amigo íntimo pudo Michael cantarle nuestra canción y hablarle de nuestra carta. Es la única que me envió, y como me lo escribió, a nadie la enseñé. Tome.

Cogió Duncan el sobre que ella le tendía y que acababa de extraer de un bolsillo entre su corpiño y blusa.

—¿Cuándo me la devolverá, señor?

—Tan pronto la haya leído.

Se aproximó a la linterna, y sacó una cuartilla con un membrete impreso:

«Villa Montani.
»Monterosso (Liguria)»

Escrito con letra elaborada pacientemente con lápiz tinta, se leía:

«Sheila mía:

»No he podido enviarte noticias mías, pero hoy que es siete de marzo puedo escribirte mientras mis tres amigos Harlem, Chelsea y Clichy, han ido a buscarme equipo completo. Sheila mía, supongo que irás recibiendo cada quince días las diez libras que te mandan en mi nombre.

»Es mucho y será poco, porque cuando vuelvan mis tres amigos, Harlem, Chelsea y Clichy, estaré a punto

de ser, como ellos, muy rico.

»Una cantidad que no puedes ni pensarte, Sheila mía. Y pronto estaré en Kilmorey contigo, donde compraremos toda la colina si así lo quieres.

»A nadie quiero que enseñes esta carta. Sólo si me pasase algo malo, podrás dar esta carta a quién sepa nuestra melodía de amor. Pero volveré pronto y riquísimo.

»De verdad sigue amándote y te abraza con todo su corazón.

»*Michael*».

Guardando la carta dijo Duncan:

—Te la enviaré por correo a las señas que me des, Sheila.

—En realidad, no la necesito, señor. Cada letra, cada palabra las llevo grabadas en mi alma y pese a lo que digan todos, Michael vendrá.

—¿Cuándo se fue de aquí Michael?

Cruzando las manos ante el pecho, cerró ella los ojos y explicó:

—Una inglesa llegó a esta posada cuando yo aún no estaba en ella. Yo entonces vivía en la aldea de pescadores. Vine aquí al día siguiente de irse Michael, que era el guía. La misma tarde en que llegó la inglesa con pieles de leopardo, se fue Michael.

—¿Cómo se llamaba esta inglesa con pieles de leopardo?

—*Lady* Diana. Así fue cómo la llamó el señor Flaherty, el constable. Llevaba chaquetón y gorro de piel de leopardo. Y aquí mismo, aquí mató ella a un hombre. La dejaron irse. Me mortifiqué primero pensando que Michael se había ido con ella. Pero me tranquilizó el señor Flaherty.

Pensó Duncan que sacaría más claridad de las explicaciones que quisiera darle el constable Flaherty.

—¿Quiere ver la Oreja de Marc Kerc, señor?

—No, gracias.

Manteniendo en alto la linterna, se dirigió ella hacia las escaleras. Sin volverse, inquirió:

—¿Cómo está Michael?

—Siempre te recuerda y recordará, Sheila.

Fue todo lo que se le ocurrió decir al compositor, que empezaba a considerar muy apasionante aquel nuevo deporte sentimental. Ir reconstruyendo la vida de un extraño asesino bondadoso y silbador.

Sheila Munroe le acompañó hasta la puerta de la posada, despidiéndose gravemente con el antiguo saludo irlandés.

Se quedó Duncan pensativo por unos instantes. Sheila era hermosa, con una extraña y deliciosa belleza arcaica.

Pero también era una cándida mental, como aparentemente lo fue Michael Langlen.

Al volverse, para dirigirse al taxi, pestañeó sorprendido.

En vez del viejo taxi «Hilman» negro, con chófer rubicundo y rechoncho, había otro coche esperando.

Un «Austin» plateado. Y al volante, una mujer.

Cuyos rubios cabellos caían en melena sobre la piel de leopardo de un chaquetón. También era de leopardo la piel del gorro graciosamente ladeado.

CAPÍTULO V

Glen Duncan hacía años que residía en Londres, pero, íntimamente, seguía siendo un irlandés. Consideraba a la raza británica, orgullosa, fría y casi inhumana por su falta de exuberancia exterior.

Sin embargo, admitía que, de cada cien inglesas, existía una que batía todos los records en cuanto a delicada belleza. Cutis de porcelana, perfil exquisito, pupilas de azul celeste, labios sensuales.

Así era la que dijo con tenue sonrisa:

—Pudo ya comprobar que Sheila Munroe es una pobre de espíritu, o, como dicen ustedes, los irlandeses, una «alucinada». Me tomé la libertad de pagar su taxi, Duncan. Puedo conducirle adonde desee.

Meditó Duncan que el humorismo británico era demasiado glacial. Empleó el netamente suyo, irlandés de pura cepa, nativa de Dublín.

Abriendo la portezuela, se instaló.

—Pensaba visitar al constable Flaherty. Me dirá usted al final del trayecto lo que le adeudo, ya que no hemos sido presentados de acuerdo a la estricta norma inglesa.

—El honor de servir de chófer al compositor Duncan me paga con creces.

Puso ella el coche en marcha, arrancando suavemente. Agregó:

—El constable Flaherty reside en Sandy Row, entrada sudoeste de la capital. Me llamo Diana. Diana Golden.

—Encantado de conocerla. Hace un tiempo desagradable, ¿no es verdad?

—¿No tiene un tema más personal de conversación, Duncan?

—Sí, sí, ya que me invita a ello. Apostaría doble contra sencillo a que vi en el avión una pasajera que vestía como usted. La vi sólo de lejos, de refilón y sin insistir.

—Tomé el mismo avión que usted, Duncan.

El compositor rió, complacido.

—Ignoro dónde voy a parar, y, sin embargo, creo que no pierdo el tiempo en estas vacaciones que me he tomado.

—Yo creo que perdió el tiempo visitando a Sheila. Lo perdería también visitando al constable Flaherty. Cuanto se sabe sobre Michael Langlen puedo explicárselo.

—Agradecido. Cuénteme para empezar, si es cierto que usted mató a un hombre en el subterráneo de la posada.

Conducía ella a poca velocidad. Se mantenía erguida, británicamente distante, pese a la inmediata proximidad.

Con trivial entonación de comentario indiferente, replicó:

—Se llamaba Wilfrid Bauman y vino siguiéndome la tarde en que por vez primera conocí a Michael Langlen. Éste era, por entonces, el guía de la posada. Nos condujo a Bauman y a mí por el mismo recorrido que acababa usted de realizar con Sheila. Yo disparé antes que Bauman.

—Esto se llama laconismo y concisión. Va a considerarme un irlandés vehemente, pero no lo puedo remediar. Esta madrugada visité a un condenado a muerte. Acabo de hablar con una alucinada y, por último, viaje en compañía de una aristócrata británica que me anuncia que tiene por costumbre disparar antes que los demás.

Detuvo ella el coche en la plazoleta de unión de la carretera con varias calles del extrarradio, al sudoeste de Belfast.

Se acodó al volante, laceándose. Sonriendo, mejoraba enormemente su poder de fascinación.

—Durante la guerra, usted fue un piloto aceptable, Duncan. Primero en la defensa de Londres, después en las incursiones contra Berlín y hasta el armisticio sirvió valerosamente en su aportación al triunfo final.

—Sí, en efecto, Inglaterra gana siempre la última batalla. Yo fui aviador por una causa sentimental. No me gusta la música alemana en general, salvo la de Beethoven. Soy un empedernido sentimental.

—Adivino que usted me juzga una aventurera desprovista de sensibilidad. Lo mismo pensaba Michael Langlen. Se lo advertí en la expresión la primera vez que le conocí...

Y fue ella, evocando su primer viaje a Belfast.

Belfast era un puerto de mucho tráfico durante la guerra. De

excesivo tráfico, pensó Diana Golden mientras retocaba sus labios con el lápiz perfilador.

Para los restantes comensales del restaurante de Sandy Row, la gran avenida que bordeaba los extensos muelles al sudoeste de Belfast, Diana Golden representaba los defectos de la raza británica.

Frialdad en los azules ojos, altivez y ningún ademán superfluo. Todo lo contrario de la exuberancia irlandesa.

Diana Golden era meticulosa. Le disgustaba el tintineo de los objetos sueltos en su bolso.

Por esta razón, el bolso que colgaba al hombro izquierdo de su chaquetón de piel de leopardo, contenía varios bolsillos interiores.

En ellos se sujetaban ajustadamente, polvera, frasquito de extracto, llavero, pasaporte, billetero y agenda. Colocó el lápiz perfilador en un compartimento junto al otro mayor.

Éste sujetaba una «Webley Scott», calibre 7,65.

Pequeña y mortífera filigrana que estaba segura pronto debería emplear de un momento a otro. Porque, repetidamente, había pasado por delante de los ventanales del restaurante, un sujeto moreno, de gruesos labios y nariz aguileña.

En la agenda había inscrito ella recientemente, uno de los informes que le radiaban desde Londres:

«Wilfrid Bauman, peligroso asesino a sueldo enemigo. Hábil y escurridizo. Temible. Responsable muerte cinco compañeros».

La descripción física aludía, entre otros detalles, a los labios gruesos, la nariz aguileña y la estrecha frente de espesas cejas.

Diana Golden había estudiado idiomas, música y tenía un diploma de perfecta ama de casa.

Pero en 1940, su prometido, un aristócrata como ella, había emprendido su último vuelo, al remontarse en un caza que estalló en el aire, durante los combates y la lluvia de bombas de la «Blitzkrieg».

Otro bombardeo destruyó la casa en que vivían sus familiares, estando ella pasando un fin de semana en Escocia.

Desde entonces había viajado mucho Diana Golden, tras haber sido aceptada por el M.I.5.

Una sección especial del *Intelligence Service* dedicada a

misiones ultrasecretas que podían confiarse a agentes como ella, que no percibían sueldo alguno.

Y que consideraba un deporte, viajar constantemente llevando por invisible compañera a la esquelética figura de la guadaña.

Todo el melodrama de su existencia desde junio de 1940 hasta aquel febrero del 44, le había servido de bálsamo cicatrizante.

Era indudable que se había endurecido su carácter y persistía en ella muy poco de la sensible y delicada inglesa.

Exteriormente, la cosmopolita agente

D-G-17,

seguía siendo una delicada inglesa, de cutis de porcelana y sobrios ademanes. Pero íntimamente, en cada hombre veía un enemigo.

Se levantó, consciente de que era seguida por muchas miradas. Los irlandeses tenían algo de españoles. Ojos descarados y a la vez acariciantes.

Junto a la puerta giratoria, echó ella un vistazo a su gorro. Una creación de Chanel, en la sucursal neoyorquina.

Aquel gorro cosaco de la misma piel que su chaquetón, valorizaba el reflejo cobrizo de sus largos cabellos ondulados, a lo paje, pero en larga melena. Exteriormente tenía que ser siempre muy femenina.

Inserta la enguantada zurda entre el hombro y el tirante del bolso, salió a la calle. Bajo el toldo protector que conducía al borde mismo de la calzada, el portero, a su señal, hizo un amplio ademán.

Hasta para llamar un taxi, un irlandés gesticulaba como un actor representando un drama griego. Y pese al uniforme, su mirada no pudo evitar ser virilmente aprobadora.

Porque también, pese al chaquetón de leopardo, era agresivo el busto de Diana Golden.

Al instalarse en el asiento, indicó ella:

—Kilmorey. La posada marinera de Old Dunluce Manor.

Arrancó el taxi para virar al primer cruce.

Un pensamiento repentino había moldeado en los hermosos labios femeninos de la agente

D-G-17

una sonrisa divertida.

«Matar dos pájaros de un mismo tiro».

La misión que la había traído a Belfast dos días antes, quedaba

cumplida. Pero aquella misma mañana, cuando se disponía a reservar plaza en el avión irlandés que llegaba hasta Liverpool, tuvo que aplazar su petición.

En su maletín-necesar, la receptora especial dio la señal de sintonía a la hora convenida cada veinticuatro. Pero en vez de ratificar su viaje a Liverpool, le habían indicado una nueva misión en Belfast.

Una misión de poca importancia, sin peligro alguno. Relacionada con los famosos *charriots*, una pequeña isla italiana y hombres de determinadas capacidades y aptitudes.

Hombres como Michael Langlen el que se alojaba en la posada de Kilmorey. A Langlen le iba a conocer personalmente dentro de media hora. El tiempo que aquel taxi asmático emplearía en recorrer la distancia hasta la colina de Kilmorey.

De momento, el primer pájaro era Wilfrid Bauman.

Sacó del bolso un espejito. Para el chófer era una pasajera coqueta que arreglaba sus bucles. Por el azogue y sin necesidad de volverse, veía ella el negro morro y la capota azul oscuro del coche seguidor.

Wilfrid Bauman ya llevaba meses en Belfast. Posiblemente su sueldo, con las primas por cada agente británico asesinado, le permitía disponer de coche propio.

La pista se ramificaba en tres carreteras, conduciendo a otros tantos barrios, pero el coche negro, conducido por el hombre de la nariz aguileña penetró por la misma derivación que el taxi.

Hacia el solitario barrio de Kilmorey, batido por todos los vientos, la pista bordeaba el acantilado que caía vertical hasta el fondo de las dunas arenosas.

Diana Golden se entretuvo imaginando la posible táctica de Bauman. Un inglés, desertor, que había aceptado trabajar a sueldo de los actuales enemigos de Inglaterra.

Escurridizo y hábil. No intentaría ninguna acción directa. Si bien las brumas ensombrecían el horizonte, el horario señalaba que faltaban unos minutos para las dos.

Y aún en la brumosa Irlanda, sin sol, y bajo un cielo plomizo, a las dos de la tarde se podría identificar fácilmente al que disparase contra la pasajera de un taxi.

Bauman recurriría a otra técnica. Y cuando el taxi,

traqueteando, se disponía a penetrar por la senda conducente a la posada de la colina se le anticipó el «Morris» conducido por Bauman.

Diana Golden volvió a sonreír muy tenuemente. No cabía ya duda que iba a matar dos pájaros de un mismo tiro. Encontraría a Bauman en la sala de la posada, como un ocioso bebedor más.

Deseando averiguar, antes de proceder a suprimirla, a qué iba ella a la vetusta y abandonada hostería Old Dunluce Manor.

Pensó ella que un escenarista decorador en busca de ambiente para una película de terror, se habría entusiasmado viendo aquel caserón plantificado desde siglos en la rocosa explanada de la colina de Kilmorey.

El viento de la galerna mugía con fuerza, frenando el avance del taxi. Los maderos de las contraventanas exteriores crujían y el rótulo de hierro sobre la puerta, volteaba en torno a su eje con gemidos de chatarra.

El taxi, deteniéndose, se protegió en el entrante del torreón lateral bajo un cobertizo en que se hallaba ya el negro «Morris».

Tendió ella un billete diciendo:

—Aguárdeme. Puedo tardar a lo sumo media hora. Pero por si no encuentro a quién busco, mantenga el motor en marcha.

Era una manera indirecta de impedir que aquel viejo chófer de húmedos bigotes, bajase a refrescarse la garganta y fuera testigo de lo que no le importaba.

El torreón tenía una portezuela abierta, sostenida por dos garfios. Daba acceso a la sala general.

Una sala amueblada al estilo siglo XVIII, con su gran hogar de campana en una de sus esquinas, una mesa entre barriles, techo bajo, de grandes vigas ennegrecidas por el humo, y mesas con banquetas.

La concurrencia era limitada. Una mujer haciendo calceta junto al fuego, dos jugadores de ajedrez ensimismados sobre el tablero y sus jarras de cerveza, Wilfrid Bauman leyendo un periódico... y un silbador.

Un extraño silbador, porque convertía en arte lo que para otros era simplemente un pasatiempo. No modulaba con avance de labios, sino entre dientes.

Silbaba con la misma concentración que un virtuoso del

violoncelo dedicaría a un pasaje difícil de una obra complicada.

Absorto en su melodía, de vez en cuando repiqueteaba sobre la mesa, como un compositor corrigiendo unas notas discordantes.

Diana Golden vino a sentarse en la mesa vecina al silbador, levemente ofendida en su vanidad de mujer bonita. Hasta los jugadores de ajedrez la habían mirado.

Pero Langlen, el silbador maniático, no le había dedicado ni siquiera una rápida ojeada de curiosidad.

Bauman volvió a la lectura del periódico. Como un ocioso bebedor.

La mujer que había abandonado su tarea de punto, fue en busca de la cerveza solicitada. Abundaban los turistas que, dando un rodeo, venían a conocer la famosa posada, señalada en la guía como antiguo lugar de reunión de contrabandistas.

Diana Golden extrajo del bolso su agenda. Volvió a leer:

«Michael Langlen, veinticinco años, soltero, sin familia, poseedor condiciones requeridas para mismo contrato que Tino Manfredi».

Recordó ella al corso contratado medio mes antes, durante su estancia en Ajaccio. Había querido propasarse y recibió su merecido.

Miró la jarra de cerveza y a la mujer que esperaba. Una sesentona que no ocultaba que las personas cuya pronunciación era netamente británica, no le eran gratas.

Empleando la expresión irlandesa, anunció la mesonera:

—Cinco «liards».

Al recoger la media corona, regresó al hogar y a su calceta.

Diana Golden regresó a la lectura del informe radiado, que era el causante de su retraso en abandonar Belfast, y de tener enfrente a un lector que era un asesino escurridizo que ya había liquidado a cinco agentes británicos.

«Langlen se aloja en Kilmorey, posada Old Dunluce Manor, donde sirve como guía. Poco hablador. Taciturno. Se ofende si se pone en duda su talento de silbador, de lo que él mismo llama gargarismos geniales».

Cerró ella la agenda, porque los «gargarismos geniales» la estaban obsesionando. No porque las modulaciones carecieran de

ritmo, sino precisamente por su ritmo.

Recordaban una amalgama del Bolero, de Ravel, y de la *Beguine*, de Cole Porter.

Repiqueó ella sobre la mesa, contagiada por el ritmo silbador, y Langlen pareció despertar de su abstracción. Dejó de silbar, levantándose.

Recogió de encima de la mesa la bandeja en que estaban los restos de su comida y fue a dejarla sobre uno de los barriles en pie.

De baja estatura, cabello castaño, ojos pardos, Michael Langlen tenía una anatomía musculosa.

Vestía jersey azul de cuello enrollado, luciendo el escudo del equipo de buzos. Pantalón de sarga, botas de agua y cinto de cuero amarillo con las huellas de las anillas.

Se aproximó.

—Buenas tardes, señora y caballero. ¿Desean ver la escalera de Donegal, el patíbulo de las Violetas y la Oreja de Mac Kerc?

Diana Golden adoptó el mismo aire que Wilfrid Bauman, quien abandonando la fingida lectura del periódico, ofreció todo el aspecto de un turista curioso.

Señaló Langlen al fondo de la sala.

—Por aquella puerta se pasa a la escalera tallada en la roca. Una escalera subterránea como el resto de las galerías hasta el mar.

Poniéndose en pie, inquirió Bauman:

—¿Podría verse? Si mi intromisión no molesta a la señora...

Denegó ella con la cabeza, levantándose.

Bauman cedió el paso galantemente a Diana Golden, que se dirigió hacia el portalón que acababa de abrir Langlen.

Había descolgado una linterna de su garfio, iluminando los peldaños que iban bajando en caracol de amplia espiral.

Pisaba conocedor del terreno, volviéndose para iluminar los peldaños y contribuía al pintoresquismo silbando una extraña melodía, que cesó bruscamente al llegar a un rellano con una gran piedra central, en alto sobre cuatro pilastras.

—Esta escalera la empleaba el pirata Donegal, antiguo dueño del Old Dunluce. Aquí, en este lugar, ajusticiaba a los espías enemigos.

Diana Golden aspiró el aroma de una violeta recién arrancada. No apartaba la mirada de Bauman, que echaba en torno una ojeada de «técnico».

Seguía explicando Langlen:

—Estas violetas crecen bajo lo que era antaño la piedra de las ejecuciones. Han venido aquí poetas y músicos para inspirarse. El bramido del mar llega fragoroso cuando hay una galerna fuerte, penetrando por la bocana de la roca llamada Oreja de Mac Kerc, porque era el atisbadero favorito del que venció en duelo a muerte a Donegal, aquí mismo.

Guardó silencio Langlen.

Y Diana Golden dijo:

—Si en este lugar morían los espías del enemigo, ¿no le parece ideal el escenario para usted, Wilfrid Bauman?

Cuando Bauman esgrimo en la diestra la automática que había sacado con rapidez, Langlen dio un salto, asestó un linternazo y el disparo de Bauman arrancó chispas de la piedra del techo.

La linterna, rompiéndose contra el puño armado, sumió en repentinas tinieblas el Patíbulo de las Violetas.

Pero Diana Golden también había disparado.

Y con entonación desprovista de todo nerviosismo, dijo apenas extinguido el eco del doble disparo, casi simultáneo:

—Hacía ya segundos que Bauman se disponía a valerse del propicio escenario. Con una variante. El consideraba espías enemigos a los de su propia nacionalidad. Gracias por haber desviado la trayectoria, Langlen.

Langlen dirigió el foco de su linterna de bolsillo hacia la inglesa, después de haber iluminado al que, tendido de espaldas, mostraba en el centro de la frente el círculo mortal del balazo.

Cerró ella los párpados, molesta por el resplandor, mientras volvía a sujetar en la funda interior del bolso su «Webley Scott».

—Comprendo que es precisa una explicación, Langlen.

Iluminó de nuevo Langlen el cadáver. Al reflejo pudo ella observar la colérica crispación de los rasgos faciales del irlandés.

Tal vez por el brusco cambio entre el ingenio silbador y el actual testigo, impresionaba más la repentina ferocidad plasmada en el rostro del que se le antojó a ella, tenía semejanza con un oso a punto de dar zarpazos.

—Pertenezco al *Intelligence Service* y este hombre era un asesino a sueldo del enemigo.

Resoplando en bufido que acentuó más su semejanza con un

plantígrado furioso, replicó Langlen:

—Yo soy nativo de Kilmorey. Por aquí no hay guerra.

—Pero ha de comprender que este hombre quería matarme y yo sólo hice lo normal. Defenderme.

—Si este hombre era un asesino, usted maneja el revólver con demasiada facilidad. Yo debí golpearles a los dos. Si tenían que decir quién mataba a quién, podían haberse buscado otro sitio. Ahora van a venir los policías, hablarán los periódicos y esta posada adquirirá mala fama. La gente dirá que aquí no hay seguridad.

Diana Golden había recogido la linterna caída, cuyos cristales habían saltado. Aplicó la llama de su encendedor a la mecha.

Langlen apagó la eléctrica volviendo a guardársela.

—¿Tenemos necesariamente que volver por el mismo camino, Langlen?

Dilatadas las pupilas en un máximo de asombro, comentó él:

—Usted es una mujer increíble. Acaba de matar a un hombre y emplea el mismo tono que usaría una baronesa para indicarle a su mayordomo que debe recoger las hojas caídas sobre el césped. Me mete en un lío complicado y permanece tan impasible como si cada día le pegase tiros a la gente.

—Wilfrid Bauman era un asesino traidor, Langlen, y vino aquí para matarme. Lo evité. Y el comandante militar Doughal aceptará mi declaración acerca de lo sucedido. Esta mañana iba a tomar el avión para Liverpool cuando me ordenaron entrevistarme con usted.

—¿Conmigo...? Escuche, *milady*, yo tengo mis defectos, pero nadie podrá reprocharme que en este momento eche a un lado toda galantería. Conque, media vuelta y sostenga en alto la linterna. Ahora es usted el guía y no pararemos hasta el puesto de guardia.

—Bien. Tengo un taxi esperando.

Iba ella subiendo los peldaños, alzando la linterna.

Tras ella, comentó Langlen:

—Engañaría usted al propio constable Flaherty, que hasta en los mismos monaguillos ve peligrosos enemigos de la sociedad. Si oyeron arriba los dos disparos, estarán inquietos.

—No los oyeron. La onda está orientada al sudeste.

—Vaya... También experta en acústica. Lo posee todo. Acústica, balística...

Penetró ella en la sala, dirigiéndose rectamente al teléfono. Al pasar, había colgado la linterna.

Los dos jugadores de ajedrez seguían absortos en su partida. La mesonera renovaba las llamas con el atizador.

Junto al pupitre en que se acodaba la agente, Langlen, totalmente atónito la oyó pedir:

—Deme comunicación directa con el

002-AB.

En la pausa se oyó a la mesonera:

—Conferencia, Mike. Pedirás cuánto tiene que abonar la señora.

—De acuerdo —asintió Langlen sin volverse.

Diana Golden habló fríamente por el aparato:

—Consulte informe inscrito en jefatura ayer mediodía.

Referencia habitación 17, hotel London.

Esperando miró ella al irlandés. Le era simpático en su ingenua rabieta contenida.

Prestó atención al auricular.

—¿En qué puedo serle útil, señorita Golden?

—Lo que me temía, ha sucedido, coronel. Me hallo en Old Dunluce Manor. Le ruego envíe al constable Flaherty, que tengo entendido es la máxima autoridad en Kilmorey. Instrúyale para que actúe con la máxima discreción. Nada más y gracias, coronel Doughal.

Tendió ella el auricular y oyó Langlen:

—Todo se hará tal como solicita. Le deseo buen viaje, señorita Golden.

A la voz ronca y autoritaria siguió la impersonal de la telefonista:

—¿Otra línea oficial, señorita?

—No, gracias.

Colgó ella, dejando caer media corona en el cestito.

—¿Voy mejorando en su concepto, Langlen? Si tiene la bondad de perder unos minutos conmigo, le explicaré por qué lo que ha sucedido... tuvo lugar ante usted. No fue por mi voluntad.

Se dirigía ella hacia la puerta del torreón. Langlen, vigilante, la siguió, viéndole pagar y despedir el taxi.

El negro «Morris» se destacó en su solitaria cercanía. Volvió a pasmarse Langlen viéndola sacar un llavero y abrir la portezuela del

Morris.

—Vino usted en un taxi. Y este coche no tiene chófer.

—Cuando Bauman cayó, junto a la linterna estaba su llavero-estuche. Es confidencial lo que tengo que decirle, Langlen.

Ella estaba sentada tras el volante. Langlen, cruzado de brazos, se acodó en la ventanilla.

—¿Qué clase de mujer es usted?

—Diana Golden, londinense. Vine a Belfast en cumplimiento de una misión. Fui avisada de que el dueño de este coche intentaría matarme, si me localizaba. Terminando de comer, vi a Bauman espiándome. Necesitaba yo verle a usted, y vine al sitio donde en un día como el de hoy, sabía que le encontraría. Cuando el tiempo es menos áspero, suele usted permanecer horas y horas, silbando en la playa bajo este acantilado.

—Pero estoy ahora buceando a muchas brazas de líquido tenebroso.

—Bauman siguió el taxi en que iba yo, adelantándose cuando supo que venía a esta posada. Yo no provoqué el incidente. Fue Bauman el que se disponía...

—Esto ya lo sé, puesto que estaba yo delante y lo vi todo. Lo que quiero saber es por qué venía usted a verme a mí.

—En uno de mis recientes viajes hice una oferta semejante a un hombre como usted, Langlen. Decidido, sin familia, buceador y amante del riesgo. Era corso. Aceptó tomar parte en una operación para la que le requerían las condiciones antes citadas.

Cerrado un párpado, rascándose la sien, y torcida la boca, ofrecía Langlen un aspecto cómico.

Sonrió ella:

—Voy a especificarle el motivo de mi visita. Si no tiene usted inconveniente en arriesgar su vida, puede obtener en treinta días una cantidad importante.

—¿Cómo cuánto?

—Quinientas libras al aceptar. Y cinco mil si logra la meta.

Langlen abrió la portezuela, y sentándose junto al volante, rió, profundamente divertido.

Diana Golden rió también. Hasta sarcástico, era ingenuo aquel irlandés que ahora decía:

—Tan pronto llegue Flaherty, averiguaremos por qué la dejaron

escapar a usted del sanatorio, *milady*. Está usted como una chiva, una hermosa chiva. ¿Conque quinientas libras al aceptar y cinco mil después? Ahí viene Flaherty y me voy a mondar de risa viendo la cara de pasmado que pondrá al oírla, *milady*.

Pero el rudo y receloso Flaherty, bajando del coche dedicó un ceremonioso saludo a la inglesa.

—Buenas tardes. Estoy debidamente informado por el coronel Doughal, señorita Golden. Nada trascenderá. Hola, Mike.

Lo primero que siempre hacia Flaherty en su calidad de jefe de policía del distrito era sacar una libreta y humedecer la punta de un lápiz, aunque fuera por un robo de manzanas.

Y ahora se deshacía en cortesías. Comentó ella:

—Mi acompañante tiene sus dudas sobre mi equilibrio mental, señor Flaherty.

El señor Flaherty hasta entonces correcto, asestó una mirada agresiva al nativo de Kilmorey. Contestó en tono contrito:

—Debe excusar al joven Mike, señorita. Es un buen muchacho, pero torpe de entendederas.

Bajando, protestó Langlen indignado:

—Hay un muerto llamado Bauman en el Patíbulo de las Violetas. Esta señorita le atizó un balazo de muerte al dueño de este mismo coche. ¡Ya estoy harto de misterios! ¡Vamos a ver al muerto, canastos!

—Le espero, Langlen —indicó ella—. No tengo el menor inconveniente en que le repita lo que le haya dicho el coronel, señor Flaherty.

Flaherty saludó casi militarmente, y entrando en el torreón, ordenó a sus dos ayudantes que aguardaban:

—Sacad al accidentado por la playa y no toleréis la menor curiosidad ni chisporroteo. El accidente está en el Patíbulo de las Violetas.

Se adentraron los dos policías. Flaherty añadió amenazador:

—En cuanto a ti, jovencito, has de aplicar siempre mi consejo. Mover siete veces la lengua antes de vocalizar y rebuznar.

—No, si al final encima me va usted a enjaular a mí.

Bajando la voz en tono de conspirador, reveló Flaherty:

—Esta damita, ahí donde la ves tan linda, vale por una brigadilla. Es la agente

D-G-17

del servicio del contraespionaje especial, donde sólo admiten inteligencias privilegiadas. Es una eminencia, y el propio coronel afirma que con mujeres como Diana Golden es cómo Inglaterra gana siempre la última batalla.

—Yo prefiero a Sheila, que es mujer de una pieza, y sí, oyese un disparo se desmayaría. En fin, me vuelvo con la eminencia. Me habló de algo referente a ganar un dineral en poco tiempo. Ya que usted me garantiza que ella está en sus cabales, nada pierdo con oírla. La eminencia dice que vino a verme a mí, de paso que liquidaba al Bauman ése. Tiene razón Sheila. ¡Cómo está el mundo! Usted y el coronel, bailándole el trompo a una inglesa.

—Es una heroína, valiente y audaz.

—Prefiero a Sheila. Nació mujer y se emplea en menesteres de mujer. ¿Tendré que ir a declarar?

—No.

Regresó Langlen al «Morris». Al sentarse, dijo:

—Usted estaba escuchando, ¿eh? Debí figurármelo.

—¿Quién es Sheila?

—Una pescadora. Cabello de lino, mejillas de manzana y ojos de alucinada.

—¿Su novia?

—Me casaré con ella cuando tenga dinero. ¿Qué dijo usted acerca de ganar mucho dinero?

—En el mismo avión que me transportará a Liverpool, puede usted tener plaza. Un jefe naval le explicará técnicamente en qué consiste la operación que puede reportarle cinco mil quinientas libras. Mi misión radica en anticiparle que tan pronto acepte formar parte del equipo voluntario, durante un tiempo no inferior a treinta días, ni superior a cuarenta, permanecerá aislado totalmente de toda relación humana, salvo la de su compañero de equipo, para someterse a un entrenamiento especial. Y es muy posible que no pueda percibir las cinco mil libras, porque se entrenará para correr un riesgo inmenso. No estoy facultada para darle explicaciones más claras.

—Viaje pagado en avión a Liverpool, quinientas libras si acepto, y diez veces más si acierto... ¿A qué hora sale el avión y dónde debo estar?

—A las seis en punto; espere en Sandy Row, esquina Ferian.

Apeándose, arqueadas las cejas y mostrando las palmas de las manos, afirmó Langlen:

—No entiendo nada de nada ni sé dónde voy a parar, pero dicen que viajar instruye, y me hace mucha falta.

—Considero muy necesario indicarle que no comente con nadie nada de cuánto hemos hablado.

—Ultrascreto. Prometido. Además, ¿cómo voy a explicarle a nadie que me voy no sé adónde para ganar un dinero no sé cómo?

Nunca había subido en un avión. Su especialidad consistía en todo lo contrario de remontarse por los aires: sumergirse a mayores profundidades que el buzo más resistente de todo Belfast.

A las seis en punto no era un «Morris» el que se detuvo en Sandy Row esquina Ferian. Ni tenía nada de bonito ni delicado el individuo que conduciendo una camioneta con pancarta de tintorería, asomó diciendo:

—En marcha, Langlen.

Al sentarse, Langlen examinó el perfil brutal del conductor.

—¿Quién es usted?

—Thomas Baring, piloto particular del M.I.5. Me llaman Tommy. Va a ser un cambio radical, Mike. Desde el fondo marino, a las nubes.

—Esta camioneta lleva el letrero de una tintorería conocida.

Baring, piloto especializado en transportar agentes a zonas batidas por la DCA enemiga, sonrió jovialmente:

—En confianza, buzo. Los del servicio secreto adoran despistar.

La camioneta penetró por un sendero que parecía conducir a una granja rodeada de pastos. Poco después entraba en lo que parecía un gran establo.

Y Langlen vio de cerca, por vez primera, un avión.

Desenroscando un termo, dijo Baring:

—Lo mejor contra el rumor de avispas zumbando en los tímpanos, buzo. Brandy con cacao.

Bebió Langlen. Al devolver el tapón-vaso rezongó:

—No me hacen maldita la gracia los aviones, Tommy.

—A mí tampoco, pero ya me he acostumbrado —rió el pilote—. Venga, que le instalaré a modo.

En el compartimento de una sola butaca con respaldo inclinado,

Langlen contempló soñoliento al que le rodeaba la cintura con anchas abrazaderas de lona.

Inclinó la cabeza y se durmió instantáneamente.

CAPÍTULO VI

Al terminar ella de exponer cómo había sido contratado Michael Langlen, añadió:

—En el cacao y coñac había narcótico. Para que Mike no pudiera localizar la isla donde estaban sus demás compañeros. Un islote del archipiélago Lipari, al norte de Sicilia. Un oficial naval inglés, Alan Norris, con dos sargentos, había ya ahondado nocturnamente en trabajo de topos, la base secreta para los *charriots*. ¿Sabe lo que eran, Duncan?

—Sí. Torpedos humanos. Los italianos fueron los primeros en emplearlos.

Sumamente interesado, Duncan olvidaba casi que D-G-17

era una mujer fascinante.

Le fascinaba más el *primer tempo* de la extraña sinfonía, que era la accidentada existencia del buzo Langlen, que empezó a partir de la tarde en que abandonó Belfast.

—Los cuatro *charriots* del islote estaban al mando de Norris, oficial submarinista. También Alan Norris creyó que Langlen era solamente un ingenuo valiente. Los siete hombres no comunicaban con nadie, durmiendo de día en sus toperas, entrenándose de noche en el manejo del *charriot*. Y aquellos siete valientes murieron por culpa de Langlen. Se comprobó terminada la guerra. No ha constado en su proceso, pero si hubiera sido preciso, en caso de posible indulto, el servicio secreto hubiera intervenido para que a Langlen le fuese denegado el derecho de vivir. Le explico todo esto por considerar que Langlen no se merece, ni muerto, que usted pierda su tiempo.

—Me impresionó con sus melodías silbadas, sus divagaciones y su aspecto de cándido bondadoso.

—A cuantos le conocían les sucedió lo mismo. Parecía un ingenuo, sencillo y honesto buzo. Pidió a Norris que sus quinientas libras le fueran remitidas en pensión quincenal a Sheila. Pese a la traición de Langlen, se han seguido remitiendo las diez libras quincenales a Sheila, ya que nuestro servicio cumple sus compromisos y Langlen había aceptado el compromiso de morir, porque las posibilidades de escapar con vida eran mínimas.

Hizo ella una pausa, explicaba con precisión, mirando a un punto indefinido a través del parabrisas.

—Sólo Alan Norris comunicaba con el Almirantazgo mediante emisora-receptora que únicamente manejaba él. Dio su última comunicación minutos antes de ir saliendo, uno a uno, los cuatro *charriots*. El primero tripulado por Graham y Perry. El segundo por Langlen y Manfredi. El tercero por Wilson y Evans. El cuarto por Dumontez y el propio Norris. Debían atacar a las cero quince los navíos italianos que transportaban tanques y material de guerra desde Nápoles y anclaban en la bahía de Milazzo, cerca del estrecho de Messina. Partieron. Y se esperó en vano noticias. Un agente fue al islote. Encontró una emisora clandestina. Construida con material de recambio que había sido sustraído del alojamiento de Norris. Se hallaba en la sección donde estuvo el *charriot* de Manfredi y Langlen. Después, terminadas las hostilidades en el sur de Italia, pudo reconstruirse lo ocurrido.

—No me pareció Langlen hombre capaz de tanta astucia como era necesaria para emitir una vez sabidos los buques. Pudo ser Tino Manfredi.

—Tino Manfredi murió ametrallado, salvándose del fusilamiento, porque aviones británicos bombardeaban Nápoles cuando en calidad de prisionero junto a algunos soldados de la VIII División aliada, era desembarcado procedente de Milazzo. Todo está comprobado. El barco transporte que debían hundir Langlen y Manfredi era el *Brizzi*. Langlen le avisó por radio instantes antes de salir el *charriot*, y en el *Brizzi* esperaron a que emergiese el torpedo tripulado por Langlen y Manfredi. Hicieron prisionero a Manfredi y pudieron eliminar a los otros tres *charriots* con cargas de profundidad, valiéndose de los informes que dio Langlen. El *Brizzi* descargó su material y en viaje de retorno llevó prisioneros de las fuerzas desembarcadas en Sicilia. Figura en la lista encontrada

después de la guerra, Tino Manfredi, condenado a fusilamiento por ser paisano al servicio británico. Y consta su muerte por heridas en el bombardeo del muelle en que desde el *Brizzi* eran trasladados todos los prisioneros a un tren que los llevaba a un campo de concentración al norte, en la provincia de Liguria.

Liguria, repitió mentalmente Duncan. La provincia citada en la extraña carta del misterioso buzo Langlen, traidor culpable de la muerte de siete compañeros.

—No comprendo una cosa que salta a la vista, Diana. Si Langlen vendió a sus compañeros era porque pensaba percibir más de cinco mil libras. Por lo tanto, ¿cómo mató a un fotógrafo desconocido para robarle?

—Fue interrogado por un agente nuestro. Primero mintió descaradamente alegando que era Manfredi el que golpeó la quilla del *Brizzi* avisándoles, golpeándole a él, y entregándole prisionero. Nuestro agente le mostró las pruebas documentales de la muerte de Manfredi, prisionero. Y entonces, Langlen se escudó en una supuesta amnesia. Sólo decía que no sabía dónde había estado los meses que transcurrieron desde su traición hasta su asesinato de Robin Hosier. Ésta es la historia de Michael Langlen.

—Sin embargo me incitó a visitar a Sheila.

—Digamos que en sus últimos momentos tuvo una locura musical. El gobernador de Hampton Yard remitió la copia de las notas que usted reprodujo, por si había en ellas un mensaje en criptografía musical. Comprobado que no era así, recibí orden de efectuar el mismo viaje que usted se disponía a realizar. Y en consideración a su distinguida aportación durante la guerra, me han ordenado que le explique el secreto de la traición de Langlen, porque adivinaron que usted, un artista sensible, podría perder su tiempo al oír a Sheila que una cierta *lady* Diana, con chaquetón y gorro de leopardo, se llevó a Langlen tras matar a un hombre. Se hubiera usted extraviado en la maraña de un misterio que ya no lo es.

—Ya no lo es.

—¿Quiere que le deje ante el domicilio del constable Flaherty?

—No es preciso, gracias. Yo regreso a mi piano. Si no es abusar, déjeme en el aeródromo. Regreso a Londres. ¿Tendré el placer y el honor de su compañía?

—He de quedarme unos días en Belfast. Nos veremos en Londres. ¿Cuándo es su próximo recital?

—Ahora estoy de vacaciones.

Entregó ella una tarjeta. La sacó de un compartimiento interior del bolso que llevaba colgando al hombro.

Junto al compartimiento del billeteo había otro mayor. Contenía una «Webley Scott», calibre 7,65. Pequeña filigrana. Mortífera.

Sonrió Duncan.

—Sin falta le enviaré una invitación, *lady* Diana.

El aeródromo distaba minutos. Al apearse él, dijo Diana:

—Tal vez saque motivos de inspiración en las melodías silbadas. En el fondo, Langlen tenía dotes artísticas.

—Buenas noches, Diana.

Entrando en el bar del aeródromo, mentalmente decía Duncan: «Mike era un artista sencillo, honesto, y supo morir digna y bondadosamente. Fue capaz de estrangular al ser sorprendido, pero es imposible que fuera un Judas».

En el avión vía Dublín se cercioró que no había ninguna pasajera rubia en calidad de Diana Golden.

En Londres dejó la llave de su ático al matrimonio porteril que le consideraba un artista excéntrico.

—Si preguntan por mí, estoy en plena orgía desenfrenada en Lutecia, la Ciudad Luz. Para el vulgo, París.

Viajaba con frecuencia. No extrañaría a nadie su ida a París.

Hubiera tal vez extrañado a

D-G-17

y al M.I.5 saber que en París trasbordó Glen Duncan al avión de la compañía LAI, vía Marsella —etapa Nápoles—, término.

CAPÍTULO VII

La ruidosa algarabía de que tenía fama Nápoles, brillaba por su ausencia en la Trattoria Vecchia. Una calle espaciosa, con anchas aceras y edificios señoriales.

Al pulsar el timbre del número 77, Duncan, que en repetidas ocasiones había visitado Italia, estaba convencido de que cuando abandonase Nápoles sabría mucho más que el M.I.5, y que Diana.

Abrió la puerta una robusta matrona. El recibidor era escueto. Pero la antesala era frívolamente femenina.

—Pedí hora al detective Mario Valetti.

La matrona sonrió y se fue. En la espera, Duncan repasó mentalmente lo que había preparado para explicar, sin rebasar ciertos límites ni mencionar a Langlen, al detective Mario Valetti.

Le recomendaba la agencia Dunn que, consultada, sólo aceptaba garantizar empresas y firmas de honorabilidad acreditada.

Al levantarse, rectificó Duncan el nudo del pañuelo azul que por la abertura de la camisa le suplía la corbata.

Aquel gesto masculino lo había inspirado la sazónada belleza morena que acababa de abrir una puerta, haciendo un ademán invitante.

Tenía que ser un detective próspero aquel Mario Valetti que se permitía el lujo de poseer como secretaria a una napolitana digna de figurar en el harén de un príncipe oriental.

El despacho era también femenino: blancos esmaltes, rosas y grises.

—Buenos días, señor Duncan —dijo la exquisita y turbadora secretaria.

Hablando inglés quedaba deliciosamente bien.

Duncan quería ejercitar su italiano.

—Pareceré grotesco, señorita, pero la suma discreción que exige mi consulta, me obliga a un gran sacrificio, prescindir de usted y

hablar personalmente con el señor Mario Valetti.

—El anuario dice: «Detective Mario Valetti». Yo soy Clara Mario Valetti. Al principio se presta a equívocos, pero puedo asegurarle que ningún cliente ha quedado defraudado, ya que una mujer llega mucho más lejos en la discreta investigación que cualquier hombre.

—En esto estoy plenamente de acuerdo.

—¿Es usted pintor?

La chaqueta de pana ámbar, el pañuelo al cuello, el pantalón franela, el sombrero azul de amplia ala, y algo en la expresión del pelirrojo irlandés, resultaban evidencias que no permitían apuntarle ninguna nota a favor del detective Clara Mario Valetti.

—Pianista compositor. Puramente por motivos sentimentales deseo averiguar determinados hechos relacionados con personas que entre sí nada tienen que ver. Nada delictivo. Pura curiosidad artística.

La detective Valetti, sentada, esgrimió un lápiz diminuto, repartiendo varias cartulinas sobre su carpeta.

—Durante la guerra, en fecha que ignoro, pero posterior un poco al desembarco aliado en Sicilia, un barco italiano, el *Brizzi*, descargó prisioneros en un muelle de Nápoles. Prisioneros que bajo un bombardeo pasaron a los vagones de un tren que esperaba para transportarlos a un campo de concentración del Norte. Prisioneros principalmente de la octava división.

Dejando de anotar taquigráficamente, comentó la detective:

—La octava división se componía de fuerzas mixtas: británicas, americanas y de la Francia degaullista.

—Es posible que siendo asuntos militares halle dificultad en enterarse de lo que deseo, señorita.

La sonrisa de Clara Mario Valetti compendia la quinta esencia de las artes femeninas.

—Tengo amistades en la sección militar de las embajadas.

—No deseo que por una simple curiosidad de orden sentimental, durante unas vacaciones que me concedo, pueda yo suscitar sospechas.

—Son numerosas las personas que desean averiguar el paradero de excombatientes desaparecidos. Y, personalmente, nunca menciono para quién deseo información.

—Entonces, usted es la mujer que necesito.

—¿Sí?

Una pregunta que podía ser afirmación. Netamente oficinesca, pensó el irlandés, contrariado.

—Un corso llamado Tino Manfredi murió en el bombardeo. La primera pesquisa es saber cómo murió y quién estaba con él entonces.

—Lo sabrá hoy mismo. ¿Segunda pesquisa?

—El siete de marzo del mismo año, había un hombre en Villa Montani, una casa del puerto de Monterosso, en Liguria. Deseo saber quiénes se hallaban en Villa Montani el siete de marzo.

—Este informe no puedo garantizarlo con tanta facilidad. Deme veinticuatro horas. ¿Su dirección?

—Hotel Garibaldi.

—Le telefonearé esta tarde a las siete, señor Duncan.

En la calle, Duncan se olvidó pronto de la belleza oriental de Clara Mario Valetti. Pasaban constantemente morenas que eran un poema de insinuación inconsciente o consciente.

Visitó la hemeroteca pública y a media tarde se abandonó a la siesta.

Al despertar, extendió sobre la mesa las piezas de su rompecabezas. Dos revistas *Illustrated News*, del 13 de febrero. Una era del año 37 y la otra del 44. En la última década no había más ediciones de aquella revista en fecha 13 de febrero.

Ninguna alusión a Glen Duncan ni siquiera a pianistas. Se fijó principalmente en la del año 44. Churchill y su puro; Montgomery y su boina; mapas, fotos de aviones, barcos; croquis de los frentes de guerra.

Y de pronto la inspiración.

Una foto de un buque. Leyó con delecto en susurro, como un colegial descubriendo una asignatura mágica.

En aquel caso, una asignatura difícilísima, porque «sonaba», pero confusamente:

«El mercante *Kyra*, hundido con otras unidades del convoy aliado que, procedente de Suez, se dirigía a Gibraltar. El ataque al convoy tuvo lugar al norte de Sicilia. En la caja fuerte de la cámara capitana, el *Kyra* transportaba diamantes industriales por valor de quince

millones de dólares. Procedían del sindicato joyero de Nueva Orleáns, con destino a los fondos de la Resistencia francesa.

»Los diamantes industriales, de libre canje como la moneda corriente, hubiesen facilitado en gran manera la labor patriótica de los franceses en lucha contra el invasor.

»Debe considerarse definitiva la pérdida, ya que se ignora la exacta situación del *Kyra* en el momento de ser hundido».

Duncan paseó como un tigre enjaulado.

Al cabo de algún tiempo resumió sus cábalas.

«Suponiendo que estos diamantes los encontrase Mike Langlen... En su carta anuncia que va a ser muy rico. Pero, teniendo quince millones de dólares en su poder, ¿iba a robar a un fotógrafo desconocido?».

Se distrajo yendo a un local en que una orquesta de Bandolinas interpretaba música elemental, sin complicaciones.

Así podía seguir pensando. ¿Por qué se obstinaba en seguir recomponiendo la existencia de Michael Langlen, un traidor, un asesino?

Se justificó diciéndose que necesitaba unas vacaciones. Pero una nota íntima reiteraba su certidumbre de que en el misterio de Mike Langlen, él podía hallar una melodía definida.

Poseía datos que no tuvo la policía, ni el abogado defensor, ni el servicio secreto. La carta fechada en Villa Montani, Monterosso, en el litoral del golfo de Génova.

A las siete en punto repiqueteó su teléfono en la habitación del hotel. La agradable voz de Clara Mario Valetti expuso:

—Sus dos informes detallados, se los lleva al hotel uno de mis auxiliares. Puede abonarle a él, contra recibo, mis honorarios.

—Oiga, yo pensaba volver a verla.

—Es usted agradable y simpático, señor Duncan. Muy atractivo. Pero es norma fija para la detective Valetti no mantener relación alguna, salvo la profesional, con toda su clientela. Celebro haberle conocido y haberle sido útil. Buenas tardes.

Colgaron. Duncan miró un instante la negra ebonita. Ahorquilló sin volver a llamar.

Debía estar desafinado por culpa de Mike Langlen, el silbador.

De costumbre no era tan impresionable.

Llamaron a la puerta. Un guapo napolitano, de sonrisa digna de un anuncio dentífrico y ojos aterciopelados Sin equívoco.

Tendió un sobre lacrado y un recibo. Duncan pagó, añadiendo un billete de mil libras de propina.

—Entre nosotros, joven. Su patrona es... ¿cómo diría yo?...

—Bellísima —sonrió el napolitano.

—Eso es. Y, además, inteligente.

—También decentísima.

—Eso es. Pero, usted puede aconsejarme. Si la invitase a cenar... enviándole flores, por ejemplo...

Sacudió negativamente la cabeza el guapo napolitano. Amablemente.

—Desista, señor Duncan. Muy halagados ella y yo, pero es norma firme de Clara no aceptar ninguna invitación. Ha rechazado la del propio general Milestown, todo un caballero. Buenas tardes, señor Duncan.

—¿Usted es su secretario particular?

Ya en el corredor, replicó sonriente el napolitano.

—Soy su esposo.

Glen Duncan cerró la puerta. No cabía duda. Estaba desafinando, con las cuerdas sensoriales tensas a destiempo. Mientras rasgaba el sobre, masculló:

—Por lo menos pudiste rechazar la propina, bandido... afortunado.

Extrajo dos cartulinas mecanografiadas. Con subrayados en los nombres.

«Tino Manfredi, corso, paisano, tripulante de carroza (*charriot*) torpedera, hecho prisionero por la guardia del barco transporte *Brizzi*. Conducido a Nápoles desde la bahía de Milazzo murió a consecuencia de heridas de metralla en el bombardeo del muelle. Vestido solo con calzón, tal como fue hecho prisionero, su cadáver fue retirado del vagón sexto del

convoy de prisioneros y llevado al campo de Val di Taro, en Liguria».

De nuevo era mencionada Liguria.

Aspiró Duncan como un nadador que sale a la superficie después de larga inmersión bajo tinieblas.

«En el sexto vagón acompañaban a Tino Manfredi: Babo Grant Corbett, neoyorquino. División VIII. Batallón 14. Soldado Buddy Hamilton, neoyorquino. División VIII. Batallón 14. Soldado Guy Brunel, parisiense. División VIII. Batallón Mixto, 3. Soldado Robin Hosier, londinense. División VIII. Batallón Mixto, 3».

Experimentó Duncan el mismo temor excitado que cuando se plasmaban en su mente las notas de unión entre dos pasajes difíciles.

Barajó las dos cartulinas como el jugador de póker que retrasa el momento de descubrir el naipe que liga la gran jugada.

Leyó el segundo informe:

«En Villa Montani, Monterosso, Liguria, el 7 de marzo estaban reunidos cuatro fugitivos del campo de Val di Taro. Les facilitó la fuga el oficial de prisiones de dicho campamento, Guido Montani, cuyo cadáver apareció en las cercanías de la Villa Montani, abandonada el día anterior por su familia. Los cuatro fugitivos eran: cabo Grant Corbett, soldados Buddy Hamilton, Guy Brunel y Robin Hosier».

Al dorso, la segunda cartulina, continuaba:

«Se atribuyó a dichos fugitivos la requisa de un motovelero, el *Trix 2*, perteneciente a la base de buzos de Ribazzo, distante ocho millas al sur de Monterosso.

»Fundamento de tal sospecha: cuatro fugitivos abandonaron el campo de Val di Taro en la noche del 6 al 7 de marzo de 1944, empleando un coche “DKW”, en

compañía del oficial Guido Montani. Dicho coche quedó abandonado en el embarcadero del *Trix 2*.

»La desaparición de este motovelero es considerado delito de guerra».

Glen Duncan se desnudó pasando a la ducha.

Bajo el chorro frío, tal vez refrescaría el hirviente bullir de su cerebro.

CAPÍTULO VIII

Con sólo el batín, en la ventilada habitación, estaba refrescado de cuerpo, pero no conseguía encajar las piezas del rompecabezas.

Repiqueteó sobre la mesita, silbando las notas de *Éramos cuatro compañeros*.

Pidió le sirviesen la cena en su habitación, y cuando masticaba el pastel de arroz, leche, canela y algún otro ingrediente desconocido, saltó en pie.

Casi era un zarpazo el ademán con que cogió su cuaderno de anotaciones musicales y el bolígrafo.

Escribió:

«Langlen desaparece en el *Brizzi*. Manfredi muere en el vagón donde se halla Robin Hosier, estrangulado por Langlen. El 7 de marzo, en Villa Montani, escribe Langlen con papel de la casa Montani. Y sólo estaban los cuatro fugitivos: Hosier, Corbett, Hamilton y Brunel.

»En su carta, cita Langlen tres nombres: Harlem, Clichy, Chelsea. Robin Hosier residía en Chelsea. Durante la guerra solíamos llamarnos por apodos, o pueblos natales o barrios. Hosier es, pues, Chelsea. Brunel debe ser Clichy. Harlem, uno de los dos neoyorquinos, Corbett o Hamilton».

Cerró el cuaderno. Y silbando procedió a vestirse. Media hora después, un taxi le dejaba ante el número 77 de Trattoria Vecchia.

Volvió a abrirle la robusta matrona.

—Buenas noches. Preciso ser recibido con urgencia.

—Están cenando, señor.

—Seré breve. Dígales que mi visita es netamente profesional.

Poco después la matrona reaparecía sonriente.

El comedor era lujoso. Clara Mario Valetti vestía de noche y su esposo de *smoking*.

—¿Tomará café, señor Duncan? —invitó ella.

Rió Duncan sentándose en la silla que le indicaba el marido.

—Le presento todas mis excusas.

—Oh, no —rebatió ella—. Enrico considera un homenaje su intento de invitación.

—Siempre y cuando su visita ahora sea profesional, señor —terció él.

Seguía siendo un anuncio de esmalte dental. Pero sus ojos carecían de aterciopelado.

—Puramente profesional. ¿Es factible conseguir cinco fotografías por partida doble?

—Bastante factible —admitió ella.

Tendió Duncan una hojilla arrancada al bloc de música.

En el pentagrama figuraban cinco nombres. Uno en cada pautado. En los restantes pentagramas, varias líneas escritas a trazos nerviosos.

Leyó Clara en voz alta:

«Robin Hosier, Grant Corbett, Buddy Hamilton, Guy Brunel, Tino Manfredi.

»Una fotografía de cada uno antes del año **44**. Otra de los mismos, a partir del momento en que el *Brizzi* atracó en el muelle de Nápoles, con los prisioneros hechos en Sicilia y destinados al campo de Val di Taro».

Dijo ella:

—Dudo que sea posible obtener la segunda fotografía de Tino Manfredi, puesto que murió en el trayecto entre el barco y el tren. Para los demás, cablegrafiaré a nuestros corresponsales extranjeros. Un mínimo de cuarenta y ocho horas, señor Duncan.

—Un mínimo de diez mil liras en depósito, señor Duncan —agregó Enrico Mario, poniéndose en pie.

Extendió Duncan un cheque. El napolitano sabía velar por los intereses conyugales.

Las cuarenta y ocho horas pasaron deprisa en Capri.

En el casillero de hotel le esperaban un sobre voluminoso y otro

liso y diminuto. Rasgó éste en el ascensor.

Contenía un recibo por diez mil libras y una mención: «Saldo a cero».

En su habitación extrajo del sobre cinco carpetas en cuyo interior había papeles asidos con clips.

Cada carpeta llevaba inscrito un nombre.

Abrió la correspondiente a Robin Hosier.

La primera foto le representaba a punto de disparar su máquina fotográfica hacia un presunto e invisible cliente.

Flaco, de rostro sin personalidad. Tras la foto decía: «Junio, 41».

La segunda foto era de un grupo de diez hombres, alineados, en postura de firmes. Vestían ropa gris, y tenían el cráneo rapado. Atrás se divisaban unas alambradas cercando aquel terreno.

Tras la foto decía: «Enero, 44; campo Val di Taro. Las dos cruces señalan a Robin Hosier y Grant Corbett».

Grant Corbett era un negro. Anchas espaldas, talle estrecho, largas piernas. El rostro tenía brutalidad de púgil.

La carpeta correspondiente al cabo Grant Corbett le representaba en la primera foto, de frac y en escorzo de bailarín de claqué. La segunda era reiteración y copia de la misma en que se hallaba con Robin Hosier en el campo de concentración.

Buddy Hamilton, en la primera foto, era jugador de béisbol. Alto y delgado. En la segunda foto había un papel escrito, cubriéndola:

«Llamamos su atención sobre la imposible transformación sufrida por Buddy Hamilton. Y no cabe error.

»La primera foto es legítima de Buddy Hamilton.

»La segunda, queda legitimada por el registro de inscripción de los archivos de campos de concentración del norte italiano. Hemos sustituido cruces por nombres».

La segunda foto en la carpeta correspondiente a Buddy Hamilton, tenía dos flechas a tinta apuntando a dos hombres de cráneo pelado y ropa gris, alineados al extremo de una hilera de diez presos.

Sobre cada flecha un nombre.

Sobre uno de los prisioneros decía: «Guy Brunel».

Sobre el que estaba a su lado: «Buddy Hamilton».

Pero no cabía el menor error. La flecha «Buddy Hamilton» apuntaba a un hombre de baja estatura, anchos hombros, cuello macizo, rostro redondo, ojos bondadosos.

Michael Langlen.

CAPÍTULO IX

Guy Brunel, rubio, de facciones regulares, gozaba de gran éxito como *chanteur de charme*. Era también el dueño del café-concierto situado en una de las calles que afluían a la Place Clichy.

Por la noche, cantaba para un público compuesto en su mayoría por noctámbulos, a la salida de otros espectáculos.

Al atardecer era el último número de una serie de atracciones que actuaban para un público menos selecto.

Representaba Brunel el tipo de pillete parisino enriquecido. Y cantaba tonadillas en que abundaba el argot.

Cuando terminó su actuación de la tarde, pasó al camerino a quitarse el traje cruzado azul pálido y la corbata mariposa blanca. Vistió un traje oscuro y corbata de seda natural, lisa.

Llamaron a la puerta y dijo:

—Adelante quien sea.

Miró por el espejo al desconocido que entraba. Un individuo de rojizos cabellos y ágiles ademanes. Una inmensa vitalidad en los brillantes ojos grises.

Vestía a lo bohemio rico y elegante. Llevaba desabrochado su *anorak* azul:

—Mi tarjeta, Brunel.

Cogió Brunel la cartulina y leyó:

Glen Duncan
Compositor
Dublín-Londres

El cantor melódico dijo incisivamente:

—Tengo mis propios compositores, Duncan.

—Pero ninguno que le pueda ofrecer tres melodías formidables, casi diría fantásticas. Y de gran valor, puesto que para ofrecérselas,

no he titubeado en efectuar un largo viaje.

—Lo lamento por sus gastos. Pero en París abundan los cantantes.

—Sólo a usted me interesa ofrecerle tres melodías. La primera se intitula *Asesino bondadoso*. Me la inspiró un hombre poco antes de subir al cadalso.

Miró fijamente Brunel al que se había sentado sobre un baúl:

—Leo la Prensa, Duncan. Tenía un compañero de guerra en Londres. Se llamaba Robin Hosier y fue estrangulado por un demente.

—No tan demente, puesto que lo ejecutaron.

—Vi su foto de usted, mencionando al compositor excéntrico.

—Yo también he visto varias fotografías. Inéditas. Usted conocía al hombre que estranguló a su excompañero de guerra, ¿no es cierto?

—No le conocía. Y además considero bastante claro mi inglés, para poder hacer constar que no necesito compositor ni quiero conversación sobre la muerte de mí amigo Hosier.

—Es posible que no le interese oír ninguna melodía. Pero yo en su lugar procuraría atenerme a razonamientos. Toco diversas teclas. Fui pintor a ratos, y cierta vez me dediqué a volar en avión con gran entusiasmo. También en la guerra. Desde hace unos días, estoy apasionado con una nueva manía, *hobby* o pasatiempo sentimental. Ya sabe lo que pasa cuando se repite siempre lo mismo. Es preciso un derivativo, algo de distracción. Ya no toco el piano. Ahora silbo, mientras investigo en plan de detective aficionado.

—Por mí, puede ir a silbar al Canari Rose. Hay concurso.

—Soberbio, soberbio —rió Duncan—. Permítame suponerle además de cáustico, inteligente. Supongamos también que la letra de mis melodías la susurro a determinadas personas ajenas al arte. Personas de profesión tan poco elástica y tolerante como son los policías, jueces, agentes del servicio secreto...

Brunel señaló la puerta:

—Por mí, ya puede irse a susurrar a otra parte. No me agrada su extraño concepto del estilo artístico.

Duncan se dirigió a la puerta. Con la mano en el abridor, sin volverse, dijo:

—Tengo tarifa reducida en las líneas aéreas. Iré a susurrar a

Nueva York. Más concretamente a los familiares de Buddy Hamilton.

Se volvió.

Pero su rápido movimiento no le hizo ver la menor reacción en el semblante del rubio cantante que replicó:

—Ha citado usted a otro compañero de guerra. Murió en la evasión que con Hosier y el cabo Corbett emprendimos desde el litoral italiano a una isla. Ya que es investigador aficionado, todo eso lo habrá leído en las declaraciones que constan...

Atajó Duncan con gesto brusco de su mano. Pensó Brunel que había algo de atigrado en aquel irlandés excéntrico:

—Esto es grave, Brunel. Que consta, firmada, una enorme falsedad. Porque muertos Michael Langlen y Robin Hosier, somos tres en saber que Buddy Hamilton murió mucho antes, ¿no es cierto, Clichy?

Guy Brunel, nativo de Clichy, se humedeció el labio inferior antes de manifestar:

—Ignoro lo qué en su última declaración pudo exponerle el asesino de Hosier. Yo leí el proceso, puesto que lo referente a Hosier, me interesaba. El asesino de Hosier, primero divagó con mentiras, y después fingió amnesia.

—Yo le explicaré la razón de la actitud de Langlen. Era un hombre ingenuo, de poca agilidad mental. Cuando dijo que el traidor era un tal Manfredi, y que él fue hecho prisionero, le acusaron de mentiroso. Le enseñaron pruebas documentales de que Manfredi figuraba como muerto en el bombardeo del muelle de Nápoles, cuando eran trasladados desde el *Brizzi* los prisioneros de la 8.^a División. Le dijeron que aquella prueba era irrefutable. Y entonces Michael Langlen se conformó a morir digna y bondadosamente.

—¿Por qué no se defendió?

—No quería luchar contra jueces, porque su delito era el de haber estrangulado a un hombre. No quiso aducir las razones que le impulsaron a matar. Se consideraba ya un hombre muerto, sin honor. Pero me eligió a mí para su última charla. Me dio varias notas. Yo he ido recomponiendo, compás por compás, parte de una trágica sinfonía en la que usted figura como parte del coro.

Del bolsillo interior del *anorak* extrajo Duncan una foto que

echó sobre el mármol del tocador:

—Tengo copia. Puede verla, quemarla o comérsela, Brunel. Cogió éste la foto. Hecha en el campo de concentración de Val di Taro, sin que ellos lo supieran, mientras se alineaban en postura de firmes para el toque de recuento.

—El hombre que figura inscrito como Buddy Hamilton, no era Buddy Hamilton, desde que el tren partió hacia Val di Taro.

Devolviendo la foto argumentó Brunel:

—Se *tratará* de un error. Yo declararé, al tener éxito nuestra evasión, lo mismo que mis otros dos compañeros. Buddy Hamilton murió en la fuga, cuando estábamos buscando una embarcación por el litoral italiano.

—Ésta es otra mentira más, Brunel. Escúcheme bien... Yo no soy policía. He ido siguiendo la pista de las notas musicales que me dio Langlen, el buzo más resistente de la Musgrave Channel irlandesa. He recorrido el mismo camino que Langlen desde Nápoles hasta Val di Taro, y después la carretera hasta Monterosso, y Villa Montani. Fui al muelle en el cual cuatro fugitivos requisaron el *Trix 2* con sus cajas de equipo para buzos, ametrallando a la tripulación.

—Fue Grant Corbett el que ametralló.

—A mí sólo me interesa averiguar el motivo por el cual Michael Langlen figura como Buddy Hamilton. Los demás misterios no me interesan. Explíqueme esto. Y me iré. No volverá a verme ni ahondaré más. Volveré a mis músicas. Si no quiere explicármelo, iré al Estado Mayor a declarar lo que he averiguado. Se extrañarán mucho de que usted, conociendo al legítimo Hamilton, no dijese que éste había muerto en el muelle de Nápoles cuando el *Brizzi* anclaba. Usted estuvo muchos meses prisionero con Langlen. Explíqueme lo que él le dijo. Era taciturno, poco hablador, pero en prisión los días se hacen muy largos.

—Nos explicó su historia. Rara. Que demostraba que era un cándido. Yo no dije nada al Estado Mayor, puesto que...

Sonrió Duncan agresivamente:

—No se embarulle, Brunel. Ya le digo que sólo me interesa conocer la vida de Langlen desde que llegó a cierto islote.

Guy Brunel fue explicando el «segundo tiempo» de la extraña tragedia del buzo silbador.

CAPÍTULO X

Michael Langlen despertó con el convencimiento de que llevaba días durmiendo y que en su estómago había un inmenso vacío.

Se rascó la sien.

Estaba tendido en una hamaca marinera suspendida entre dos tabiques de una choza rústicamente amueblada. Mesa y dos sillas de piano.

Una gran nevera, un ventilador eléctrico, y una bombilla cuyo filamento parpadeaba alimentado por generador de batería.

Sobre la mesa varios platos conteniendo un surtido de fiambres, pan cortado a la inglesa y un frasco de cerveza.

No había ventanas. Aireación indirecta y la única puerta estaba cerrada.

Abandonando la hamaca saltó Langlen y a zarpazos cogió pan, jamón y formando un triple emparedado mordió con ahínco, mirando en torno como una fiera atrapada en un cepo.

Terminada la cerveza, abrió la nevera. Aprovechada para nutrir a un hambriento durante un mes.

Se limpió la boca con el dorso de la mano, revolviéndose al mismo tiempo que la puerta se abría.

Entró un desconocido. Flaco, pero de amplio torso.

Rostro largo, cabello de un rubio muy claro y con calvicie en entradas muy pronunciadas que hacían mayor su alta frente.

Cerrando tras sí la puerta, anunció:

—Bienvenido, Langlen. Me llamo Norris. Alan Norris. Elegido como jefe de cuatro *charriots* por el Almirantazgo británico. Por la gran escasez de buzos se autorizó al «M-I-5»

a buscar con la mayor urgencia hombres de sus condiciones.

Alan Norris hablaba con precisión de matemático:

—El piloto Tommy tenía órdenes de anestesiarle

convenientemente para su traslado. Era un viaje largo y molesto para un viajero sin experiencia en vuelo difícil y secreto. La persona que le contrató ha informado que garantiza su honradez. Es decir, que garantiza la absoluta aceptación por usted de un secreto de la máxima importancia. Han informado también que usted ha resistido sin malestar una presión de veintidós brazas y que en buceo autónomo soportó inmersiones de ocho minutos sin más oxígeno que el de una careta tubular.

Langlen iba asintiendo, pero al callar Norris, preguntó:

—¿Puedo saber dónde estoy?

Norris señaló hacia arriba:

—Al sur de una de las islas Lípári, archipiélago al nordeste del estrecho de Messina. Cualquier observador desde el aire o el mar, sigue viendo una de las tantas excrecencias rocosas deshabitadas de las Lípári. Por esta razón sólo efectuamos nuestros entrenamientos de noche, ya que también debemos alcanzar nuestra meta, de noche.

—Usted es el jefe naval del que me habló la señorita Golden.

—Y ella ha hablado elogiosamente de usted. Antes de proseguir debo preguntarle concisamente: en caso de accidente, ¿a qué persona o personas remitirá el Almirantazgo, con sus condolencias, cinco mil quinientas libras?

—Como supongo que el accidente significa morir, las condolencias pueden ahorrárselas, porque Sheila Munroe, pescadora de Kilmorey, no comprendería de qué va la cosa. Tampoco conviene enviarle la herencia de golpe, porque la Pobrecilla se asustaría. Si puede hacerse que sea en renta de diez libras quincenales. ¿Puede hacerse?

—Naturalmente que sí.

Escribió Norris unas líneas en su agenda. La cerró, y tras guardarla, tendió la diestra:

—Me agrada usted, Mike. Sencillo y sin aspavientos. Voy a explicarle en qué consiste un *charriot*. Dos italianos fueron los primeros en cabalgarlos en una operación que etiquetaron «Osa Mayor», porque atacaron navíos ingleses surtos en Alejandría y distribuidos en forma semejante a la constelación. El *charriot* es un torpedo tripulado por dos hombres. La proa es toda ella una carga explosiva que puede desprenderse a voluntad de los dos tripulantes,

del resto de la frágil carroza. En Alejandría atacaron ocho *charriots* pereciendo todos sus tripulantes. Hundieron seis navíos. El Almirantazgo entró en posesión de un *charriot*, y rápidamente procedió a diseñarlo. Cuatro están aquí. Lo difícil era encontrar hombres con las especiales condiciones requeridas. Máximo secreto, por lo tanto, ningún familiar curioso. Y condiciones físicas controladas de capacidad de resistencia bajo el agua. No aludo a su valor, audacia y temeridad, porque sería inmodestia. Le presentaré a su compañero de equipo que se aburría solitario.

Norris abrió la puerta. Le siguió Langlen con la misma maravillada curiosidad que un niño explorando en un palacio encantado.

Parecía una galería de mina con sus viguetas y rieles.

Iluminada a trechos por linternas sordas, del tipo minero. Explicó Norris, caminando:

—Este trabajo fue el más pesado. Ahondando como topos, partiendo del pozo seco localizado por un agente. Los rieles son para trasladar los *charriots* hasta el agua. Todo lo referente al entrenamiento se lo expondrá Tino Manfredi, el corso. Buzo que alcanza las dieciocho brazas y con careta soporta siete minutos.

El ramal desembocaba en un cruce de rieles. Había cuatro plataformas, una vagoneta, y junto a un tubo metálico se hallaba un individuo vestido con un calzón de baño.

De nudosa musculatura, crespo el negro cabello, pómulos achatados y larga nariz, Tino Manfredi se irguió al detenerse Norris.

—A la orden, comodoro —saludó en correcto inglés.

—Su amigo, Manfredi. Mike Langlen. Un buen muchacho. Y éste es el *charriot*. Diviértanse.

Langlen estaba contemplando el *charriot*. Del tamaño de un coche de los que chocaban en los parques de atracciones. Montado sobre dos ejes de quita y pon, con ruedas aptas para el transporte sobre rieles.

Manfredi empezó a embadurnarse el torso con grasa. Explicó:

—De noche, varias horas a cuerpo limpio en el agua, deja aterido al más pintado. De momento se trata de conducir por turnos, orientándose bajo el agua, a cinco brazas, con careta tubular de dos «pulmones» a renovar cada cinco minutos. Le falta el morro, o sea la carga.

—¿Y este armatoste con qué funciona?

—Dos hélices movidas eléctricamente hasta media milla del objetivo. Después, paletas de manivela a mano. La carroza tiene estabilización.

Langlen iba quitándose la ropa. Le tendió Manfredi un calzón de baño:

—Creí que los irlandeses erais charlatanes.

—Hombre, hay de todo. Además, estoy aún boquiabierto.

—Te despertarás cerrando la boca, cuando mojemos a «Geppetto».

—¿Quién es «Geppetto»?

—Fue mi primer caballo de madera, o por lo menos el que recuerdo como primero. Ahora es éste —y señaló Manfredi el *charriot*.

Hundiendo las manos en la lata grasienta, Langlen fue embadurnándose en gruesa capa destinada a aislar la anatomía del aterimiento por inmersión.

Tenía la sensación de dedicarse a un juego sumamente peligroso, en confraternidad repentina y firme con Tino Manfredi y «Geppetto».

—Cada pareja, monta en distinta rada. Dormir de día, remojar de noche. Este reloj es especial. Obsequio del Almirantazgo.

Se ciñó Langlen la abrazadera del instrumento sumergible, compuesto de reloj, goniómetro y sondeador.

Después, el *charriot* empujado por ambos llegó a la abertura desde la cual en rampa cubierta por enramada bajaba hasta la orilla, en aguas quietas de bahía cerrada.

Se ajustó la careta, tubo y los dos cilindros espalderos. Le señaló Manfredi el asiento posterior. Era difícil incrustarse allí dentro.

Empujó Manfredi y el *charriot* fue hundiéndose. Iba el corso en el asiento delantero, moviendo la palanca-volante. Otra igual se hallaba doblada entre las piernas de Langlen.

Dos monstruos humanos diminutos sumergidos en tinieblas pegajosas, cabalgando un artefacto que, en su noche, llevaría «morro» explosivo.

Las cuatro esferas fosforescentes orientaban el tiempo transcurrido localización y brazas.

La remontada era lenta y emergiendo a ras del agua, los fuelles

aspiraban oxígeno, rellenando los cilindros.

A las cinco horas, Langlen tenía el amodorramiento del buzo sometido a excesiva presión.

Cuando el *charriot* conducido por Manfredi quedó colocado encima de los dos ejes con ruedas, Langlen aspiró y expiró repetidamente.

Minutos después, anunciaba:

—Me creía excepcional de pulmones y aguante, Manfredi. Pero tú eres todo un caso.

—Entrenamiento —rió el corso complacido—. Pero ahora mismo estoy reventado.

—Estamos. Tengo hambre, sed y sueño.

Se fueron sucediendo, los días, en dos turnos de sueño y «taller» durante el día. Familiarizarse con el *charriot* milímetro por milímetro con los ojos vendados. Con todas sus piezas, de ingenioso mecanismo.

Por la noche, dos turnos. Uno de cinco horas normalmente, alternándose en el mando y en inmersión normal. Otras cinco horas, provocando averías y reparándolas bajo el agua.

A los veintisiete días de la llegada de Langlen, conoció por fin al resto de los torpedos humanos.

Cuatro ingleses y Norris, un francés y la pareja Manfredi-Langlen. Reunidos en la choza del comodoro Alan Norris, provista de emisor-receptor.

Señalando hacia la radio, declaró Norris:

—Se decidieron ya a darnos una etiqueta. Nuestra operación recibe el nombre de «Suerte cuádruple». Hemos de sincronizar nuestros relojes, cuando la emisora de la señal de sintonía. Partirán primero Graham y Perry. Segundos, Langlen y Manfredi. Terceros, Wilson y Evans. Últimos, Dumontez y yo.

A medida que nombraba las parejas colocaba Norris ante ellos en la mesa, una carta náutica de profundidades:

—Cada *charriot* tiene su horario establecido para la colocación de la carga explosiva con sus adherentes a la quilla que es su objetivo. Las cargas están reguladas para el estallido simultáneo.

Y la proa dejó de ser un cónico recipiente lastrado de plomo. Era ya un mecanismo cuya percusión entraría en funcionamiento a las cero y treinta.

Debía adherirse a la quilla del transporte italiano a las cero quince.

La base naval de Milazzo, hacia donde por separado se dirigían los cuatro *charriots*, se hallaba al norte de Sicilia, en la provincia de Messina, donde los tanques alemanes y la infantería italiana se oponían al avance aliado, tras el desembarco efectuado unos días antes.

Había ido explicando Norris que los navíos recién anclados en Milazzo, transportaban munición, armamento y tanques.

Si una vez dejada la carga explosiva, por una causa u otra fuera imposible regresar a la base de salida, debía destruirse el *charriot*, y emerger en la costa siciliana para contactar con el Estado Mayor británico en el mando aliado de la 8.^a División.

Expuesto así, todo era sencillísimo, pensó Langlen, mientras el *charriot* emergía y reaprovisionaban oxígeno. Sabedores en el Almirantazgo de que la hora «H» del desembarco sería en Sicilia, habían elegido bien la base de los *charriots*.

El islote desierto distaba poco de la costa noroeste.

En alto la careta, dijo Manfredi:

—Estamos aún lejos de la zona de reflectores. Luego tendremos que fijamos bien en las minas de cierre. Yo aplicaré la carga. Tú harás virar a «Geppetto».

Volvió a sumergirse el *charriot*. Langlen veía a ratos las fosforescencias de algas y flora submarina, creando la ilusión de un tapiz maravilloso.

Coincidió con su comprobación de situación en el goniómetro, el vistazo que echó al fondo que distaba treinta y ocho brazas, la panorámica de un extraño letrero luminoso.

Le atrajo la atención porque era el casco de un barco tumbado. Y lo que relucía como un letrero luminoso eran cuatro letras:

KYRA

A medida que el *charriot* se alejaba del paraje, comprendió aquel raro fenómeno. Las letras estaban pintadas en blanco sobre el casco negro.

Si habían relucido se debió al pase de una miríada de pececillos *kingdom*. Así los llamaba al menos Manfredi que en los

entrenamientos había dicho que abundaban por aquellas aguas.

También había dicho, segundos antes de salir:

—Cuanto antes aplique la carga, más probabilidades tendremos de salvar la piel. Estallará igualmente a las cero treinta. Lo que nos interesa es salvar la piel, ¿no? Estas cinco mil quinientas libras esterlinas quiere vivirlas.

—De acuerdo.

Los británicos eran demasiado meticulosos, pensó Langlen. Todo como un cronómetro. Tenía razón Manfredi. ¿Qué importaba que se aplicase a una hora u otra la carga? Lo esencial era que el barco estallase.

Varias masas negras en forma de paraguas flotaban a dos brazas. Las señaló Manfredi tendiendo el brazo.

Minas. Un canal de minas.

Empezó a comprender que la retirada iba a ser casi imposible si al primer síntoma de alarma los italianos empezaban a soltar cargas de profundidad.

Unos súbitos resplandores barrían la superficie de la rada. Pero pasaban tal como había previsto Norris, a intervalos regulares de dos minutos.

Bastaba aprovechar un intervalo para la provisión de oxígeno.

Se divisaban ya las moles de los navíos-transporte. A lo lejos, tierra adentro fulguraban incendios y llamaradas súbitas como relámpagos de tormenta.

Susurró Manfredi:

—Se baten el cuero. Dos zambullidas más y listos.

A medida que se iba aproximando el *charriot* a las negras quillas, pasando por entre las primeras, Langlen pensó que en el caso de ser sorprendidos, no tenían la menor defensa.

Alzó Manfredi una mano lentamente. Apenas dos brazas de profundidad. No era lo convenido. Debían sumergirse más o podían ser vistos desde cubierta.

Pero Tino Manfredi estaba ya cabalgando la proa, y le tocaba a él pasar el lastre compensador a popa, enmudecidas desde minutos antes las hélices.

Su reloj señalaba las cero menos dos minutos. Se habían adelantado mucho. Posiblemente porque emergieron sólo doce veces, ya que no en vano eran los dos mejores buceadores, según

dijo Norris.

Miró su goniómetro y respingó. Tino Manfredi se había equivocado. Estaba tocando una quilla que no era la del navío que les pertenecía.

Y además, en vez de desenroscar la carga explosiva estaba golpeando con la palanca de reparar en la quilla. Golpes de buzo. Lentos y espaciados.

Langlen adelantó las dos manos.

En lentos gestos, para evitar en la cercana superficie, remolinos delatores. Mordió rabiosamente el tubo de inhalación.

Aquel imbécil de corso parecía empeñado en que se enterase toda la tripulación del barco de que estaban ellos dos allí debajo.

Apoyadas sus manos en los hombros de Manfredi le vio volverse. La careta cercando ojos, nariz y boca, no permitía divisar bien las facciones. Pero le pareció que había una extraña sonrisa en el rostro del corso.

Apartó las manos para aferrar la palanca de inmersión. Pero el *charriot* subía emproando la próxima superficie.

Y sintió el relente atmosférico sobre su mojada cabeza y hombros. Pudo avanzar las dos manos libremente y agarrar por el cuello al corso.

Farfulló, en alto la cabeza:

—¡Maldito cobarde!

Volviéndose, Manfredi bajó la diestra. La palanca reparadora chocó contra el cráneo de Langlen.

Le faltó la respiración, y antes de perder el sentido pudo ver la escalera colgante por la que desde cubierta bajaban dos hombres.

Recuperando el sentido, lo primero que percibió fueron una serie de explosiones sofocadas. Cargas de profundidad.

No eran los transportes los que estallaban sino los otros tres *charriots*. Y fue comprendiendo en parte. Manfredi no se había entregado por cobardía.

En aquel sollado donde estaba él sentado, sujetos los tobillos y la muñeca derecha en la doble madera de cepo, había escasa luz.

La suficiente para percibir a Tino Manfredi que, vestido de jersey, pantalón largo y botas, encendía un cigarrillo...

El corso explicó:

—Yo soy el único superviviente. Acepté el trato cuando me

convenció la inglesa. Pero hice mis cálculos yo también. Si conseguía avisar a los navíos que nos disponíamos a reventar, me pagarían mucho más. Me gané la confianza de Norris. Pude sustraer unas válvulas y kits de la caja de repuestos. Monté mi pequeña emisora. Mientras tú revisabas el *charriot*, comuniqué con este navío que me dio su situación. Convine en golpear la quilla a dos brazas, junto a la cámara de máquinas. Por mí *charriot* y haber evitado el hundimiento de cuatro buques, me he ganado un fortunón. La vida es así, irlandés. Nada de morir heroicamente sino vivir a lo grande.

Escupió Langlen asqueado. Con razón nunca le había caído bien aquel corso. Silbó entre dientes para dominar la sensación de furor impotente.

Disponiéndose a abandonar el sollado, expuso Manfredi:

—Tan pronto hayan acabado con la descarga, estos buques volverán a sus puertos de origen, transportando prisioneros. No sé si te fusilarán o simplemente te echarán al agua con lastre al cuello. Adiós.

Con la frialdad de un asesino le anunciaba su ejecución.

Langlen arreció en su silbada melodía. Un medio de evitar decir sandeces inútiles.

Manfredi, con un pie en el primer peldaño, se volvió:

—¿Sinfonía de tu canto del cisne, irlandés?

—Ya la oirás alguna noche cuando no consigas atrapar el sueño.

—Yo no creo en fantasmas. En esta vida se nace martillo o yunque. Yo soy el martillo.

Cerrando los ojos, Langlen reanudó sus silbidos. Hacía calor en aquel sollado, oliendo a grasa de máquinas, óxido y moho.

Le dolía enormemente la cabeza, habiéndose ya resecado en coágulo la sangre de la brecha abierta cerca de su coronilla por la palanca.

Se amodorró, reclinada la cara contra el borde del cepo que aprisionaba sus tobillos y muñeca derecha.

Oyó vagamente numerosos ruidos. Cadenas, grúas, deslizamientos rodados sobre pasarelas hacía barcasas, órdenes en cantante italiano y en gutural alemán. Tripulación mixta.

Abrió los ojos, alzando la cabeza, al oír los pasos cercanos. Botas claveteadas. Vio los primeros soldados alemanes, con su uniforme

verde-gris, esgrimiendo fusiles.

Eran la escolta de cuatro prisioneros. Hombres de rostros hirsutos, uniformes sucios, que avanzaban empujados por espalda y costados, a base de toques de cañón y culata de fusil.

Parecían estar muy cansados y tener sueño atrasado. Dos marineros con uniforme italiano, se encargaron de colocar a los cuatro recién llegados en la misma postura que Langlen.

Asombrado miró Langlen a su vecino de la derecha. Un negro de amplias espaldas y estrechas caderas, piernas flacas, que sonreía exhibiendo la blancura de sus dientes.

Tenía la facies achatada. Aparte los gruesos labios y tez chocolate, sus rasgos eran agradables.

Llevaba unos galones en el mismo uniforme que los otros tres. Un caqui sedoso, y en las hombreras de la camisa recia, una mención en azul: «8th. D».

La 8.a División. La que, según Norris, había invadido en cabeza de puente la provincia siciliana de Messina.

A su izquierda, el que reclinado dormía ya, tenía un refilonazo rojinegro en los cabellos castaño oscuro. Un perfil de rasgos huesudos.

A los extremos del cepo había dos individuos muy dispares. Uno resollaba como un dogo colérico.

El otro, rubio, guapo y de expresión irónica, canturreaba entre dientes mientras le ajustaban los cierres de madera:

Vedere Napoli e por moriré... [2]

Los dos marineros se fueron seguidos por los soldados alemanes. El último de ellos se volvió al ser interpelado por el rubio cantor:

—¡Eh, Otto! *Voglio mangiare.*

En inglés gutural replicó el soldado alemán:

—Soy como tú de infantería, hermano, no de intendencia.

El rubio filosofeó:

—La guerra nos hace cosmopolitas. ¿Tienes pitillos, Fritz?

El alemán sacó del bolsillo de su guerrera una cajita metálica que tiró, atrapándola el rubio con habilidad.

—Un tabaco que huele a farmacia, pero se aprecia la intención, Herman. Cuando se cambien las tornas busca a Guy Brunel. Soy yo.

El alemán ondeó el fusil en adiós.

—Me dejaron limpios los bolsillos, Harlem —dijo Brunel,

aplicando su zurda sobre la cabeza del negro.

—También a mí, Clichy —sonrió el negro.

—Y el que está a tu lado, debe ser Adán. Ni siquiera le dejaron la ropa. ¿Tienes cerillas, Chelsea?

El de la herida reseca siguió durmiendo. Más allá, el cuarto prisionero exclamó:

—¡Déjanos en paz, Brunel!

—No hay por qué rabiarse, Buddy. Tenemos suerte. Prisioneros de guerra. Una ganga. Nos mimarán, nos darán una cura de reposo. Y cuando acabe este follón volveremos sanos y salvos, triunfantes, a París.

Langlen volvió a dormirse. Eran demasiadas novedades en una sola noche para su entumecido cerebro.

El vaivén fue primero lento, de mecedora, aumentando progresivamente. Se apagó la única bombilla del sollado.

Cuando el barco dejó de bambolearse, Langlen sentía debilidad. El estómago parecía habersele dilatado mucho. En otros instantes, se le antojaba reducido a un puño crispado que a la vez estrujase sus intestinos.

Acudieron marineros italianos, acompañados por soldados alemanes.

Tenían mucha prisa. Formaron una lazada que reunía las muñecas izquierdas de los cinco prisioneros y sus tobillos derechos.

—*Presto, presto* —decían, empujando.

Trepidaba el barco haciendo funcionar sus baterías antiaéreas. Desde el muelle se elevaban columnas de humo, vomitando hierros y piedras. Zumbaban los aviones en vuelos rasantes.

En el ruido ensordecedor, tenía algo de infernal el apresuramiento con el que las filas de prisioneros, de cinco en cinco, corrían grotescamente trabada la pierna derecha y el brazo izquierdo.

Uno de los barcos acababa de estallar con estruendo. Dos aviones coleteando en humareda, picaban sin mando, hacia el puerto.

Langlen pensó que aquello no era morir heroica ni dignamente, sino estúpidamente, como un rebaño enloquecido. Vio detenerse a una de las compactas masas de prisioneros, en reatas de cinco.

Aquel pelotón y sus guardianes ya no sentirían hambre ni sed.

Varias bombas acababan de estallar, igualando a prisioneros y guardianes. Los demás, en alud frenético, se precipitaban hacia la hilera de vagones esperando.

Las sirenas lanzaron sus mugidos advirtiendo que el ataque aéreo había cesado, cuando Langlen estaba boca abajo dentro de un vagón sembrado de paja.

Vio tendido a su lado al negro que con voz metálica preguntaba:

—¿De qué compañía eras tú?

—De ninguna. Quieren fusilarme. Iba yo en un torpedo ambulante, un *charriot* inglés. No soy soldado. Me apresaron cuando iba a colocar un explosivo en la quilla del barco que nos transportó, a la medianoche. Me llamo Michael Langlen.

—Yo soy Grant Corbett, nativo de Harlem.

Entre los otros dos prisioneros se alzaba el extraño resuello de un hombre tendido. Como si se ahogase. Después, reinó el silencio.

El rubio Guy Brunel dijo:

—La metralla alcanzó a Buddy Hamilton, en plena sien. Le ayudamos a venir hasta el vagón, creyendo que estaba solo herido. Ha tenido mala suerte. Ya no necesita su uniforme. Y en cambio a éste lo van a fusilar cuando busquen al prisionero desnudo. ¡Aprisa, Chelsea!

Langlen vio al rubio francés y al otro prisionero, desnudando al que llamaban Buddy Hamilton. Le iban tendiendo a él las prendas.

El negro le aflojó el nudo en torno al tobillo y muñeca.

A medida que vestía la camisa, el pantalón, las botas y el cinto, pensaba Langlen que era el momento de intentar escaparse.

Debió Brunel adivinarle la intención porque le advirtió:

—Te acribillarán si te asomas. No seas ambicioso y conténtate, como nosotros, salvando la piel, que es lo que más importa.

Poco después se abrían las compuertas de cada vagón. Se oían nombres pasando lista.

Asomó el busto un oficial italiano. Dijo en inglés cantante:

—Podéis soltaros la cuerda. Aquel que pretenda salir del vagón, será ametrallado.

Señaló el cuerpo desnudo. Declaró Brunel:

—A este Adán no lo conocemos de nada, *maríscale*.

El oficial señaló el cadáver de Hamilton a dos soldados, ordenando:

—Sacad a éste y a la fosa con los demás. Era el que debía ser pasado por las armas, según la lista.

Unos soldados iban repartiendo platos de aluminio, un jarrillo y una cuchara de madera. A tres pasos, en larga hilera, otros soldados se mantenían alerta, en posturas teatrales, dirigiendo en semiarco sus fusiles.

Circulaban las perolas y en cada plato humeó la sopa de macarrones. Un panecillo correoso y gris. Agua en el jarrillo. Un banquete para Michael Langlen.

Se aproximó de nuevo el oficial con unas hojas sujetas sobre un tablero. Miró al único que llevaba galones de los cuatro prisioneros:

—Nombres.

—Grant Corbett, nativo de Harlem, de la 8.a División, batallón 14.

El oficial italiano pasó varias hojas y alisó una:

—Batallón 14. ¿Qué compañía y *sezzione*?

—Tercera compañía, segunda sección.

El lápiz del oficial buscó en la lista y trazó un punto.

Señaló al que los otros llamaban Chelsea que dijo:

—Soldado Robin Hosier, inglés.

—Y yo, Guy Brunel, del gran París. Somos los cuatro del mismo pelotón. Éste es Buddy Hamilton —indicó, señalando a Langlen.

El oficial que iba apuntando al lado de los nombres ya registrados en el puesto de avanzadilla en Messina, agitó el lápiz hacia el negro:

—Tú, como cabo, tienes la responsabilidad si alguno intenta escapar.

—*Okay, boss* —sonrió el negro.

El oficial pasó a otro vagón.

Asomándose, pidió Brunel:

—¿Cerillas? *¿Fuocchi, fiammeta*, o cómo diablos se llame un fósforo?

Lo pidió en vano por más que señalaba su cigarrillo sin encender.

Un sargento gritó, agitando el fusil:

—*Fuori da cui, presto, súbito!*

Retrocedió Brunel comentando:

—Tendrán miedo que incendiemos el convoy.

Dijo Langlen:

—Gracias a todos vosotros. Gracias.

—Bah, no tiene importancia —rebatíó Brunel—. Buddy ya no sentía el frío. Tú, sí.

El tren partió hacia el norte. Fue Langlen averiguando que los que componían las secciones mixtas de la 8.^a División, entre ellos, se solían llamar por sus barrios de residencia.

Y él se convirtió en Kilmorey, aunque en la lista de recuento respondía por Buddy Hamilton.

Se fue acostumbrando al hambre, las incomodidades, las confidencias. Supo que antes de ser soldados, Brunel había sido un famoso cantante melódico que escapó de la Francia ocupada.

Buddy Hamilton, chófer de taxi. Robin Hosier, fotógrafo. Gran Corbett, boxeador y bailarín.

El convoy terminó su largo viaje. La caravana de prisioneros pasó a los barracones de un campo de concentración en la provincia de Liguria, llamado Val di Taro.

A todos les obsesionaba la misma idea: fugarse. Pero Corbett y Brunel aconsejaban pensarlo con calma y con seso.

De su barracón vio Langlen desocuparse doce montones de paja. Habían intentado fugarse los ocupantes de aquellos lechos. Los habían acribillado a tiros entre las alambradas y las zanjas de centinela distribuidos en lugares estratégicos de vadeo y senderos en torno a la colina.

Cuando le tocaba servicio de limpieza, Brunel regresaba con noticias. Y también Corbett.

Uno de los oficiales del campo había residido en París y en Londres. Les comunicaba novedades. La entrada en Nápoles de los Aliados. El desembarco en Normandía. El avance hacia París.

Y tras la cena, una noche, Langlen que estaba silbando junto a Robin Hosier su nueva composición *Compañeros de fortuna*, miró a los otros compañeros de fortuna... y miseria, según añadía Brunel.

Corbett, sentándose entre ellos, murmuró:

—Vamos a discutir fuerte. Tú, Kilmorey, te enzarzas con Clichy. Yo, contigo, Chelsea. Sin pegar fuerte. Sólo agarrando y vociferando. Sin preguntas ahora. Luego ya os explicaré.

Brunel poniéndose en pie, dijo en voz alta:

—Eres un cretino, Kilmorey.

Langlen sonrió. El francés, inclinándose, le asió por la camisa, zarandeándole. El inglés se abrazó a Corbett que acababa de lanzarse encima de él, revoleándolo.

Langlen, al recibir un bofetón, se convirtió en un torbellino, y Brunel fue a caer a unos pasos de distancia.

Irrumpieron varios guardianes, esgrimiendo porras de caucho, dirigidos por un oficial que tenía fama de verdugo.

En la caótica confusión, Langlen tuvo que recibir varios porrazos antes de que pudieran atarle los codos.

Minutos después, los cuatro quedaban encerrados en lo que había sido un granero. Brunel se quejó:

—Ese bruto de Kilmorey lo hizo demasiado a lo vivo, caray.

Se abrió la puerta y entró el oficial italiano: Guido Montani.

Sonreía cínicamente, aunque intentaba ser amistoso, mientras dejaba un saco en el suelo.

Desenfundó su cuchillo cortando la cuerda que trababa por los codos a Corbett al que entregó el cuchillo.

En voz baja expuso en inglés:

—Al amanecer vendrá el relevo que os transportaría a Alemania y allá... *kaput* para vosotros.

—De acuerdo, Guido —replicó Corbett que habiendo cortado las ligaduras que unía los codos de Brunel, le pasó el cuchillo—. Lo prometido es deuda entre hombres. Llévanos a sitio seguro, y entonces te diremos a quién debes telegrafiar y lo que has de decirle para recibir la cantidad convenida. Así hemos pactado.

—Y además —terció Brunel— te evitarás acusaciones, porque nosotros saldremos testigos a tu favor.

Robin Hosier, libre, procedió a soltar a Langlen.

Argumentó Guido Montani:

—Me ha costado riesgos y dinero encontrar la carreta y el sitio seguro.

—Los guardianes pueden escamarse ahora —observó Brunel.

—No, no... Se imaginarán que os estoy dando la gran bronca —rió Montani—. Volveré cuando sea el momento.

Corbett estaba revistiendo sobre su ropa el amplio «mono» de mecánico que había extraído del saco. Le imitaron los otros tres.

Volviendo a sentarse, explicó Corbett en voz baja:

—Clichy y yo conseguimos convencer a Montani. Le dijimos que

entre los cuatro podíamos reunir ocho mil libras esterlinas. Tan pronto nos deje en sitio seguro, lo dejaremos a él boca abajo, codos atados a la espalda y comiendo hierba. Durmamos ahora que luego no van a sobrar las ocasiones de dormir tranquilos.

Langlen admiraba al negro y al francés. Eran dos cerebros. El, era como Robin Hosier. Calmoso tanto en aceptar su destino, como en ideas.

Despertó al oír un susurro. Montani no llevaba la gorra militar, sino una boina. Y cubría su uniforme con una amplia capa de pastor.

Dijo:

—La carreta de la granja ya descargó. Seguidme uno por uno.

La carreta tirada por un percherón, tenía un toldo en arco. Al pescante subió Montani. Bajo el toldo se deslizaron Corbett, Brunel, Hosier y Langlen.

Tropezó Langlen con un cuerpo. El de un granjero cuyo cráneo estaba machacado a culatazos.

La carreta se puso en marcha, lentamente. Hacía frío y quedaba justificado que el proveedor, en el pescante, tuviese alzada la esclavina de su capa. La carreta fue acelerando al tomar el trote del percherón.

Señalando el cadáver, murmuró Corbett:

—No le costó cara la carreta.

A la media hora, volviéndose en el pescante, advirtió Montani:

—Este viejo vivía solo en la granja. Era un avaro. Robó un coche que guardaba en su establo. Un «DKW» en perfecto estado. Con bidones de combustible de repuesto.

—Eres un tío grande, Guido —sonrió Brunel dándole una palmada—. Pero al amanecer acudirán a la granja cuando nos encuentren a faltar.

—Ya he pensado en ello. No os preocupéis.

Poco después, se paraba la carreta. Montani señaló un establo:

—Sacad el coche.

Langlen vio a Corbett y a Brunel corriendo hacia el establo, mientras Montani iba apoyando haces de pienso seco contra las paredes de madera del edificio central.

Murmuró Hosier:

—Valiente bandido. Le va a prender fuego a la granja.

—No me gusta nada, pero que nada, este corso.

—¿Corso? Bueno, para el caso da lo mismo. Vamos.

Desde el asiento posterior del «DKW», que desenfrenado habían empujado hasta allí, indicó Corbett:

—Tú al lado de Clichy, Chelsea. Tú conmigo, Kilmorey.

Langlen quedó ladeado en el plegable, al respaldo de Brunel.

Montani llevó la carreta al establo, dejando suelto el percherón. Prendió fuego con unas ramas encendidas en los haces y paja.

Al sentarse junto a Corbett comentó:

—Hay partisanos que se divierten haciendo fogatas. Por la carretera a tu izquierda, francés.

Brunel, conduciendo, empezó a cantar en voz baja la melodía que silbando había compuesto Langlen. *Compañeros de fortuna* tenía un ritmo pegadizo, obsesivo.

Langlen hizo lo mismo que Hosier. Cerrar los párpados y dormirse. Le despertó un repentino petardeo.

Vio pasar motos que precedían a un convoy de camiones.

—Retirada general —comentó Montani—. Ya está dando las boqueadas finales todo este lío de la maldita guerra. Ahora toma la carretera de la derecha, Brunel.

Al cabo de unos minutos, preguntó Brunel:

—¿Es que nos vas a llevar a Niza?

Rió el italiano haciendo un ademán apaciguador:

—Os he buscado un albergue confortable. Ya veréis.

Volvió Langlen a dormirse. Hacía ya tiempo que se había vuelto fatalista. Le parecía ser un corcho a merced de diversas corrientes.

Le despertó nuevamente un rumor familiar. El coche bordeaba acantilados cortados verticalmente sobre blancas playas, lamidas por un fleco de espumas desgranándose de un mar intensamente azul.

—Monterosso —anunció Montani, satisfecho—. Aquélla es la casa.

Señalaba hacia un chalet de maderas pintadas en verde y blanco, distando escasamente cinco metros de la carretera. La valla de madera en torno al jardín abandonado, estaba derrumbada a trechos.

Por una de las aberturas penetró el coche, hasta detenerse en el patio posterior al chalet.

Bajando del coche, manifestó Montani:

—Esta casa pertenece a un pariente mío. Ha tenido que salir por pies y me envió las llaves para que le cuide la casa. Estaréis fuera de todo peligro. El pueblo de pescadores dista tres millas. Hay telégrafo.

Corbett, seguido por Hosier, entró tras Montani en una cocina.

Langlen vio a Brunel explorar el garaje. Andaba como dispuesto a brincar o tirarse al suelo, al menor síntoma de peligro.

Después le vio sentarse sobre el guardabarros delantero, una vez el coche estuvo encerrado.

Regresaban Montani y Corbett. Discutían y oyó Langlen:

—El coche se queda aquí. Tú vas a telegrafiar a pie. Estás armado y en cambio nosotros no tenemos ni un mísero mondadientes.

Corbett hablaba con autoridad. El italiano titubeó unos instantes, hasta que desfrunciendo el ceño, dijo riendo:

—Bien, bien... Andaré un poquito. Pero yo no he desconfiado de vosotros. Me habéis dicho que telegrafianto a dos direcciones, las que llevo ahora anotadas, mandarían dinero por medio de un Banco suizo. Me fié de vuestra palabra.

—Menos hablar, Montani —atajó Corbett—. Al fin y al cabo, cuando oliste la quema, decidiste ganar dinero y obtener, a la vez, nuestro testimonio de que nos facilitaste la evasión. Vete a telegrafiar y ya que la alacena está provista, esperándote, repondremos nuestras fuerzas.

Apenas el italiano dejó de verse por la carretera, Corbett hizo una señal a Brunel antes de alejarse por entre la arboleda.

En el dintel del garaje preguntó Langlen:

—¿Qué tejemaneje os traéis, Clichy?

El parisino sonrió amistoso:

—Eres un ingenuo, Kilmorey. Ya lo demostraste contándome lo que te sucedió con el corso Manfredi. ¿No te has dado cuenta que este tipo, Montani, no es de fiar? Sospecha que tal vez le hemos engatusado, y es capaz de denunciarnos a la Gestapo que aún funciona por estas latitudes del norte. Harlem ha ido a espiarle. Porque si en vez de telegrafiar, pretende denunciarnos a la Gestapo, le ajustará las cuentas Harlem, antes que lo consiga.

El parisienne había abandonado el guardabarros y estaba

hurgando en el compartimiento bajo el asiento trasero. Asomó tendiendo una automática de larga culata. Una pistola ametralladora alemana.

—Toma, irlandés. Por si tenemos que continuar la excursión, más vale que vayas provisto.

Cogiendo el arma Langlen la sopesó meditativo, diciendo:

—Harlem le acaba de asegurar al corso que no teníamos ni un palillo.

—Corbett es inteligente. Adivinó que este coche contendría las armas que seguramente el viejo granjero había encontrado con los alemanes muertos en este coche. Mientras tú dormías, también echó Montani un sueñecito. Pude comprobar que había cinco pistolas como ésta. Harlem lleva la suya por si Montani hace el tonto. Llévale esta otra a Chelsea, y dile que me releve aquí en la guardia cuando haya terminado de comer.

En la cocina, Langlen colocó la otra pistola sobre la mesa.

Robin Hosier canturreaba removiendo con un tenedor las salchichas que llenaban una enorme sartén que crepitaba en su aceite sobre el fuego.

—Dice Clichy que le releves en la guardia del garaje cuando hayas comido, Robin. Os comportáis como si estuviéramos rodeados de enemigos.

—Ellos dos son muy desconfiados, pero el Montani ese no es trigo limpio. Ya verás cómo no lo es.

—Pero si nos facilitó la fuga, ¿por qué iba ahora a jugarnos una mala pasada?

—Le dijo Harlem que le bastaría con telegrafiar a la compañía Dunn inglesa de informes comerciales, a la sucursal de Berna, y averiguaría que tenemos dinero. Montani ha dicho que no se informará, pero lo hará, y así cuando se entere que entre nosotros cuatro reunimos mucha hambre y cero moneda, se armará la gorda.

—¿Cuál?

—Pues se pondrá rabiosillo y avisará a la Gestapo. Por esto ha ido allá Corbett. Para evitar que Montani pueda avisar a los que vendrían hacia aquí para pelarnos a tiro limpio, ¿comprendes?

Asintió Langlen, y sin más comentarios, pinchó varias salchichas de la sartén. Se fue Hosier, llevándose la sartén.

Cuando Brunel entraba en la cocina, oscurecía la tarde.

Recorrieron la casa, y el francés en la sala-biblioteca, indicó:

—Hosier vigilará desde el garaje. Yo desde la alcoba de arriba y tú desde aquí. Cualquier ruido que te parezca sospechoso o cualquier sombra poco clara, silba, Kilmorey. Suave, como el principio de tu sinfonía que titulas *Morir dignamente*. Corbett puede tardar aún mucho tiempo, si Montani espera a recibir respuesta a su petición de informes bancarios de solvencia nuestra. Hasta luego, Kilmorey.

Langlen vigiló sentado junto al balcón. El resplandor lunar era la única luz que penetraba. Cuando calculó que llevaba más de cuatro horas, pensó que para no dormirse, podía igualmente vigilar distrayéndose. Con el hacinamiento de revistas ilustradas que estaba en el suelo atado en gran paquete.

Eran revistas italianas, francesas e inglesas. De cine, en su mayor parte, y las restantes ilustradas a profusión con noticias gráficas de la guerra.

De vez en cuando abandonaba su examen de las fotos, para echar un vistazo al jardín y a la carretera. Parecía haberse detenido todo tráfico en Monterosso.

De pronto vio removerse algo entre los pinos. Silbó suavemente. Pero la sombra, acercándose, silbó también los mismos compases. Era Corbett.

Y a la biblioteca fueron acudiendo Hosier y Brunel.

Mordiendo directamente en el jamoncillo sacado de la despensa, Corbett fue explicando entre bocados:

—Tal como lo pensé, Montani fue al puesto telefónico militar. Hay un desbarajuste completo de retirada en el pueblo. Circulan rumores de que Berlín se ha rendido y la confusión es de órdago. Montani dijo que era el comandante militar de un sitio llamado Arezzo Basso, y pidió línea con Berna. Le oí dar la dirección de la Dunn. Se echó en una hamaca, diciendo que le despertasen cuando obtuvieran línea. Y puso cara de vinagre cuando desde la Dunn, sección de información urgente, le dijeron que Corbett y Brunel eran totalmente desconocidos. Sé que le dijeron esto, porque él repetía que no podía ser, que Grant Corbett y Guy Brunel eran dueños de grandes talleres de maquinaria en Nueva York y París. Y que tenían cuentas corrientes en el International de Berna. Total: colgó rabioso y se dirigió hacia un edificio que ya me había yo

informado por si acaso, que era la sede de la Gestapo.

Saciado su apetito, Corbett bebió un sorbo al gollete de un frasco de Chianti.

Y resumió con su habitual impasibilidad:

—La fortuna me fue propicia. Unos resistentes que entraban en el pueblo, procedentes del sur, entablaron un tiroteo con la Gestapo. Salió huyendo Montani, y le di alcance. Cayó redondo, fulminado, sin decir ni pío. Y ahora, esta noche es la favorable para largarnos. Tenemos armas y somos cuatro compañeros.

CAPÍTULO XI

Guy Brunel, aplastando otro cigarrillo en el cenicero, epilogó:

—Aquella misma noche huimos de Monterosso, consiguiendo requisar un motovelero a tiro limpio, el *Trix 2*. Se hundió cerca de Marsella y por parejas remontamos hacia París. Yo iba con Corbett y Robin Hosier con Langlen. Ya no volví a saber nada de ambos hasta que leí en la Prensa que Langlen había estrangulado a Hosier.

Duncan agitó el índice en negativa retirada:

—Ha sido usted sincero porque le demostré que yo sabía que Buddy Hamilton, muerto en Nápoles, había sido sustituido por Langlen. Pero ya vuelve a embarullarse. Si no hubiese pasado algo entre el momento en que navegaron en el *Trix 2* cuatro fugitivos, y el día en que sólo aparecieron tres fugitivos ante las autoridades militares, usted, Hosier y Corbett, habrían explicado tranquilamente la sustitución de Hamilton por Langlen, en vez de persistir en la falsedad, puesto que declararon que Buddy Hamilton murió en cubierta del *Trix 2* ametrallado durante la refriega.

Brunel volvió a sorberse el labio inferior antes de contestar:

—Oiga, me gustaría saber lo que se propone, Duncan.

—Averiguar qué le sucedió a Mike Langlen en su tercera y última desaparición, desde que zarpó el *Trix 2* hasta que estranguló a Hosier.

La puerta se abrió y entró una mujer.

Tenía gracia felina en sus movimientos. Mulata clara, parecía una estatua de bronce.

Grandes ojos negros, algo saltones. La boca recordaba un fruto rojo pulposo.

Su cuerpo parecía dibujado por un caricaturista febril de lascivia que hubiese exagerado busto y caderas, estilizando hasta lo inverosímil cintura, brazos y piernas.

Su cabello negro quedaba casi oculto bajo el turbante verde.

Color también de su traje sastre. La blusa era color carne morena. Calzaba sandalias verdes, de alto tacón.

«Exótica, llamativa y venenosamente hembra», pensó Duncan.

Presentó Brunel:

—Myrtle, mi novia. Glen Duncan, un compositor, Myrtle.

Ella sin mirar a Duncan dijo imperiosa:

—Llevo media hora esperándote para cenar, Guy. Discutirás de música después.

Su entonación era metálica, desagradable.

Brunel hizo un ademán de excusa:

—¿En qué hotel se hospeda, Duncan?

—Como quien dice aquí mismo, al lado. El Normandie.

—Vuelva dentro de una hora y llegaremos a un acuerdo completo.

Brunel abrió la puerta y acompañándole por el corredor, manifestó:

—Myrtle es un poco antipática. Discúlpeme. De todos modos, en este asunto no voy solo y tengo que ponerme de acuerdo con una tercera persona. Dentro de una hora, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Duncan salió a la calle, tomando la dirección de la plaza Clichy.

Pero apenas comprendió que estaba fuera de visión del que podía espiarle, dio media vuelta, yendo a instalarse en el bar Pierrot que daba frente al establecimiento en que había localizado a Brunel.

Estaba radiante. Tenía casi todos los datos. Comprendía ya lo sucedido a bordo del *Brizzi*. Tino Manfredi quiso cobrar el elevado precio de la venta de los cuatro *charriots*.

Pero especulando también con el posible y casi seguro triunfo final de los Aliados, quiso evitarse responsabilidades futuras. Estaba claro. Se presentó como Mike Langlen, señalando a éste como si se llamase Tino Manfredi.

Después, en el caos y desorden de la derrota, le habría sido fácil conseguir una nueva documentación y personalidad. Vivía bajo otra identidad. Allí radicaba el problema y todo el misterio.

Apurado su «*melé-cassis*» trazó sobre el pentagrama de su bloc varios nombres y signos.

Levantó la vista, reprimiendo una exclamación de sorpresa.

Diana Golden, elegante en su conjunto deportivo, sonreía

enigmática:

—¿Me invita a un aperitivo, Glen?

Glen Duncan tardó unos instantes en poder coordinar. Dijo por fin:

—Ya que está sentada, bienvenida, Diana, Oiga, ¿es que me ha estado acechando?

—No. Ya no pertenezco a ningún servicio. Vengo con frecuencia a París. Y a estas horas, Clichy es un lugar concurrido. Su cabello flamígero me llamó la atención y aquí estoy. ¿Su futura sinfonía magistral? —Recogía ella el bloc.

Leyó:

«Tino Manfredi». Un interrogante, dos puntos suspensivos, un circulito... Veo que sigue obsesionado con Mike Langlen.

—Más que nunca. Usted es una campeona de la investigación, ¿no es cierto? Ya que está en París, ayúdeme. Supongamos que un individuo al que todos dan por muerto, vive, pero ha cambiado de identidad. ¿Hacia dónde enfocar la investigación? ¿Cómo averiguar bajo qué nueva identidad se oculta?

—Sección Interpol, archivo de fotos pasaporte. Examinan las características y comparan con el grupo clasificado. Si no está en pasaportes buscan en la sección de las filiaciones del servicio militar. ¿Tiene la fotografía de su muerto resucitado?

Triunfante extrajo Duncan la única foto que poseía de Manfredi. Ella la estudió. Después estudió al camarero que tras colocar ante ella un «Banyuls» se alejaba.

—Sea lo que sea lo que haya averiguado, Glen, no alterará una verdad irremediable. Mike Langlen fue ejecutado porque dio muerte violenta a un hombre.

—Pero yo puedo demostrar que hay un trío de canallas suelto, una trínca de bribones que hubiesen podido justificar el extraño mutismo en que se encerró Langlen cuando le acusaron de mentir, enseñándole pruebas documentales de que Tino Manfredi había sido fusilado y que él había traicionado.

—¿Por qué mira con tanta frecuencia hacia la puerta de aquella cafetería?

—Una chica preciosa con la que me he citado. Y apenas salga,

tendré que correr tras ella. ¿Dónde se aloja, Diana?

—En el Normandie.

—Vaya, qué casualidad... Yo también.

—Sí. Nos fue comunicado que esta mañana, procedente de Nápoles había llegado usted a París. ¿Puedo ayudarle, Glen?

—Mucho. Dejándome caminar el poco trecho que me queda, solo. No voy a devolverle la vida a Mike, pero quiero demostrar yo solo, que no era un traidor ni un miserable asesino. Donde todo un servicio secreto falló, yo, un músico en vacaciones, voy a tocar la nota alta. El do de pecho.

Replicó Diana algo secamente:

—Nadie es infalible, Glen. Si posee datos esenciales, es su deber entregarlos a la autoridad competente.

—Empecemos por la primera autoridad. Esta Interpol que menciona. Seguramente usted entrará por allá como por su casa. ¿Quiere ayudarme? Con esta foto, averigüe lo que pueda. ¿Cenamos juntos? Dentro de una hora, donde usted elija.

—Le esperaré aquí mismo. Esta foto le pertenece, y lo que pueda revelar también.

Levantándose, dijo Duncan:

—Gracias. Tardaré lo menos posible.

En el café-concierto parecían esperarle. Un botones se le acercó apenas entraba. Miraba su cabello y después el *anorak* azul:

—El señor Brunel me ha entregado esta nota para usted. Rasgó Duncan el sobre. Leyó:

«Imposible vernos aquí. Acuda al número 15, calle Flandres, en Saint Ouen».

No había firma. El botones esperaba su propina que le dio Duncan.

—Llama un taxi y que me espere en la otra salida. ¿Cuál es la otra salida?

—Al fondo, izquierda, señor, pase a la sala de billares, y salga a la calle Rochechouart.

Salió Duncan a la calle Rochechouart, y subiendo al taxi dio la dirección inscrita en la nota.

El taxi fue alejándose de Montmartre, saliendo por la Puerta de Clignancourt, en dirección hacia el cementerio de Saint Ouen.

CAPÍTULO XII

Al salir Duncan del camerino acompañado por Brunel, marcó la mulata Myrtle unos números al teléfono. Correspondían al Gaiety.

Pidió que se pusiera al aparato Grant Corbett.

Se limitó a decir:

—Espéranos en casa de Guy. Vamos allá ahora mismo.

Regresaba Brunel y colgando, indicó ella:

—He llamado a Grant. Será mejor que esté presente en tu entrevista con el músico. Deja a éste una nota citándole en tu casa.

Brunel entregó la nota a un botones, que había visto ya al pelirrojo del *anorak* azul. Conduciendo su «Renault» no miró a la que decía:

—Perdiste la sangre fría, Guy. Si no llego a intervenir, le cuentas al músico toda la verdad. Estabas asustado.

—No lo niego. Lo que era un plan infalible, puede acarreamos muchas complicaciones si Duncan posee datos que aseguraba Corbett nadie podía saber.

La casa heredada por Brunel estaba en las proximidades del cementerio de Saint Ouen, en la zona de bosque poco habitada.

Detuvo el coche ante el pórtico y poco después en el estudio se servía una abundante dosis de ginebra en el vermut, llenando en sus dos tercios un alto vaso.

Ella hizo funcionar el tocadiscos. Fue a abrir cuando llamaron.

Grant Corbett vestía llamativo, como correspondía al bailarín de la revista «Harlem Ham». Gris perla, chaleco blanco, corbata plastrón de muaré negro y oro.

Su rostro achatado tenía su habitual impasibilidad.

Expuso Brunel nerviosamente:

—El músico con quien habló Langlen poco antes de morir, ha estado a verme. Sabe ya lo de Buddy Hamilton. Tiene fotos del campo de Val di Taro. Va a venir aquí.

Corbett, ladeado el sombrero hongo gris, no se quitó tampoco los guantes color crema. Señaló el bar:

—Combinados para nosotros, Myrtle.

La mulata contemplaba sumisamente al negro bailarín desde que entró.

—Si te molesta la música, cierro, Grant —dijo amable.

—Al contrario. También a mí me inspira. Escucha, Guy... Tengo la certeza de que Langlen no le dijo nada a Duncan, salvo tonterías. Yo me ocupé de que nada de lo que pudiera decir Langlen pudiese llegar a otros oídos que los míos, por conducto del tipo al que soborné. Pero ahora pareces asustado.

—Porque puede averiguar el resto.

—¿Cómo? El negocio no tiene fallo. Hay que ir pasando los diamantes poco a poco, y por esto, entre nosotros tres, hemos de ir haciéndolo.

—Pero Duncan irá a las autoridades militares. ¿Cómo explicaremos el habernos callado la sustitución de Buddy Hamilton?

Myrtle Grisswood dejó sobre la mesita los frascos de vermut, ginebra y el «Sparklet».

Corbett sin sentarse, señaló en torno:

—Aquí han ido acudiendo traficantes de todo lo traficable, porque París es la Meca de los negocios de todas clases. Unas veces los ha atraído Myrtle, otras tú. Le íbamos remitiendo a Hosier directamente su parte. Muerto él, me ocupé de que Langlen no fuera un estorbo. Podemos negociar con Duncan.

—Es rico. Gana lo suficiente con sus composiciones.

Corbett se dirigió al tocadiscos, bajando el volumen. Comentó, riendo:

—Los negocios deben tratarse con euforia, Guy. Nunca hay que darse por vencido de antemano. Claro que compartir con el músico, reducirá nuestros beneficios.

Regresó a la mesa, cogiendo la botella de ginebra.

Ceñudo, opinó Brunel:

—Algo debió decirle Langlen al compositor. Yo creo que sería mucho mejor tratar de negociar con la Lloyd que había asegurado los diamantes.

Corbett tenía la elasticidad de sus tiempos de púgil, aumentada por el constante ejercicio sobre las tablas.

Adelantó el brazo.

El frasco de ginebra estalló contra la frente del cantante. Myrtle permaneció a la expectativa, dilatados los ojos. Al intentar levantarse Brunel, Corbett enarboló el sifón. Guy Brunel quedó definitivamente sentado, roto el cráneo, bañado el rostro en sangre.

Volviéndose, manifestó Corbett:

—Hubiese hablado y están en juego millones. Quiero volver a Harlem millonario —brillantes los ojos en la tez de ébano, añadió—: De todos modos, yo fui el cerebro. Yo lo planeé todo. Y este imbécil iba ahora a estropearlo todo. Es bonita esta canción Myrtle.

La mulata le vio dirigirse al tocadiscos y subir el volumen.

Al aproximarse a ella, dijo Corbett:

—Es sabido que aquí organizaba fiestas que solían terminar ruidosamente por el exceso de bebidas. Cuando encuentren muerto a Duncan, lo atribuirán a una riña nacida al calor del alcohol. Un irlandés inflamado por tus provocativos encantos, le estrella un par de frascos a Guy. Pero éste tiene aún tiempo de disparar contra el irlandés. Y así, sólo yo y otro hombre inteligente, conoceremos el secreto de Mike Langlen.

Tuvo reminiscencias de selva, el salto de Corbett, rodeando desde atrás el cuello de Myrtle con la bufanda de seda propiedad de Brunel.

El disco cantaba en la voz de Guy Brunel:

... sentado al borde del camino,
con el sol bañando los prados...

Estrangulada, Myrtle cayó a los pies de Brunel, derribando la mesita y los vasos.

Corbett dejó la bufanda de seda sobre las piernas de Brunel.

Se miró los guantes. Impecables.

Fue al bar y bebió al gollete de un frasco de licor de fresa.

Después, del armario de la alcoba sacó de un cajón una automática para cuyo uso tenía licencia Brunel.

Fue a abrir la diestra del muerto. No le convenía que se crispasen los dedos. Y fue a bajar el volumen de la música. Junto a la puerta, contempló el cuadro.

Mentalmente leía ya los comentarios periodísticos, aludiendo a la escandalosa vida íntima del cantante parisino. También era

conocidísimo el poder afrodisíaco de Myrtle Grisswood.

Oyó el motor de un coche acercándose. Un taxi. Permaneció pensativo. Si el chófer esperaba, era una complicación, aunque no variaba el resultado final. Tendría que aguardar un poco más y actuar silenciosamente, golpeando primero a Duncan.

Oyó el motor volviendo a roncar, alejándose.

Se adhirió al tabique, por el lado en que la puerta entreabierta le cubriría. Dos toques en llamada sobre la madera, y la puerta, cedió.

El cabello rojizo, el *anorak* azul.

Corbett, empujando la puerta, disparó. El visitante cayó al suelo, de bruces. Aplicó Corbett el cañón en la nuca, disparando por segunda vez.

Corrió hacia el sillón en que yacía desmadejado Brunel, y le cerró la diestra en torno a la culata, introducido el índice en el portagatillos.

Apretó con sus manos enguantadas, hasta que la automática quedó bien sujeta por los dedos del brazo muerto colgante.

Grant Corbett volvió a examinar complacido el cuadro. Una obra maestra.

Ya no tenía que compartir más que con otra persona, otro cerebro privilegiado como el suyo. Pasando por encima del *anorak* azul, fue a cerrar la puerta. Salió por una ventana al patio posterior.

CAPÍTULO XIII

Diana Golden terminaba de cenar, cuando Glen Duncan se sentó frente a ella. Anunció:

—He perdido mi *anorak*, y he tardado más de la cuenta, Diana, pero tengo ya todos los compases de una sinfonía trágica y tortuosa. Un concierto que daré en mi ático de Londres, tan pronto encontremos a Tino Manfredi. Me gustaría ver cómo proceden los de la superpolicía, pero supongo que de noche dormirán como los demás mortales honestes.

—Está usted muy misterioso, Glen.

—Es justa devolución de nuestra primera entrevista. ¿Conoce a algún jefazo de la policía internacional?

—La sede de la Interpol se halla en París. Conozco al inspector Henri Romañac. Puedo telefonearle.

—Magnífico. Mientras, iré en busca de un taxi.

El taxi los condujo a una de las calles más tranquilas de la ciudad. Explicó ella que el inspector Romañac había tenido la gentileza de trasladarse a la sede de la Interpol, donde les aguardaba.

Era un hombre de aspecto plácido y vivaces ojos pardos.

Examinó la foto de Manfredi y dijo:

—Tengan la bondad de acompañarme.

La sala en que entraron tenía gran semejanza con una enorme archivadora. Las cuatro paredes estaban recubiertas por casilleros que en vez de la etiqueta con iniciales, llevaban signos y números.

En el centro había varias mesas con diversos aparatos. Introdujo el inspector la foto en lo que parecía la patena de un microscopio. Mientras manipulaba unas palancas, explicó:

—Es la puntuadora. Reproduce por taladro en medida *standard*, el óvalo facial arco superciliar, conformación frontal y diseño de los rasgos. Equivale a una clasificación del grupo sanguíneo, pero

fisionómica.

El aparato, dejando intacta la foto iluminada por una luz rojiza, expulsó por una rendija lateral una cartulina taladrada que Romañac insertó en una caja plana:

—La clasificadora. Da el grupo al cual pertenece la foto.

Volvió a salir la cartulina, llevando impresos unos números y signos. Explicó Romañac:

—Si este individuo carece de antecedentes penales, tendrá su foto en la sección de pasaportes, licencias de conducir, o inscripción militar. Grupo Omega 9.

Hizo correr la escalera engarfiada en sus extremos a lo alto de las alineaciones de archivos y subiendo, atrajo un cajón. El correspondiente al grupo Omega 9. Destrabó tres cartulinas y bajando comentó:

—Sobre este individuo sobran informes.

Leyó la primera de las cartulinas:

«Borel, Jean-Jacques, nacido en Grasse, Alpes Marítimos, Var, en 1918. Residente en Roma desde 1929. Prisionero político en Roma desde 1942. Fugado en 1944. Toma parte en la resistencia italiana».

Leyó la segunda cartulina:

«Borel, Jean-Jacques, permiso de conducir y carnet de resistente. Domiciliado en 44, Bulevar Víctor Hugo, segundo piso».

Exclamó Duncan:

—Esta foto es la de un corso llamado Tino Manfredi. Estos aparatos mienten, inspector.

—Lo que miente es la documentación obtenida por «su» Tino Manfredi. Son muchos ya los casos similares. La reciente contienda fue campo abonado para los que buscaban por razones diversas una nueva identidad. «Su» Tino Manfredi encontró vivo o muerto a Jean-Jacques Borel sin documentación en Francia. Obtendría la existente en Roma, haciéndola desaparecer. Sustituiría su foto en la documentación que le podía servir y con ella vino a Francia. Aquí constan las fotos obtenidas de la copia documental aportada por un

tal Jean-Jacques Borel.

Leyó la tercera cartulina:

«Borel, Jean-Jacques, fallecido el 12 de febrero de 1945. Expediente 1112-Affoor».

—Veamos el expediente —añadió—. Por favor, pasemos a la sala contigua.

En la nueva sala semejante a una gran biblioteca, recogió el inspector un legajo encuadernado.

Abriéndolo, leyó el resumen:

«Chiusa, Giuseppe. Nacido en Bastia, Córcega, de profesión buzo. Procesado por homicidio en la persona de Borel, Jean-Jacques. Absuelto demostrada la tesis de legítima defensa. Hallándose en café Zanzi propiedad de Marcel Governanti, fue atacado por Borel, Confrontar doble identidad».

El inspector Romañac dijo, con entonación paciente:

—Resulta aburrido el procedimiento, pero se llega a resultados compensadores.

Pasó de nuevo a la otra sala, seguido por Duncan y Diana.

El inspector introdujo la primera cartulina perteneciente a Borel, en otro apartado. Sonrió al decir:

—Mi niño lo pasa fenómeno con este aparato. Bien, tiene ya veintidós años y se prepara para agente.

El aparato expulsó una cartulina, además de la primera. Leyó Romañac:

«Manfredi, Tino, nacido en Ajaccio, 1916, de profesión buzo. Desaparecido en febrero 44. Fallecido en reyerta, febrero 45. Ver expediente 1112-Affoor».

—Le agradecería remitiese copia del expediente y las dos fichas a la sección especial del ministerio de Asuntos Exteriores, inspector. Y que nos obtuviese un pase especial para visitar al preso Giuseppe Chiusa.

—La primera petición será cumplimentada, pero la segunda es imposible. Chiusa murió en la cárcel, de una vulgar peritonitis. Se le

acusaba de someter a chantaje al llamado Borel, en realidad «su» Tino Manfredi. Pero no se le pudo demostrar.

—A lo mejor yo puedo explicarlo —afirmó Duncan—. Manfredi con la documentación de Borel, es reconocido aquí en París por Chiusa. Este quiso sacarle dinero y Manfredi exasperado, intentó matarle. No podía permitir revelase que era Tiño Manfredi, porque el servicio secreto le hubiera atrapado. De todos modos, ya queda demostrado que Mike Langlen no hizo fracasar la operación de los *charriots*.

En la calle el inspector Romañac se despidió ceremoniosamente. Y poco después decía Diana:

—La policía demostró sin lugar a dudas que Langlen estranguló a Hosier.

—Esto es indiscutible. Pero no era un robo vulgar, el origen. Mañana mismo, en mi ático de Londres, daré un concierto privado. ¿Quiere usted asistir, Diana?

—Con gran interés.

—Será un concierto sin música, y usted oirá sin hacer acto de presencia. Hasta mañana. Felices sueños.

Diana Golden durmió intranquila. Tenía mucho apasionamiento en los ojos Glen Duncan. Era un irlandés tan extraño como el taciturno e incomprensible Mike Langlen.

CAPÍTULO XIV

A las cinco y cuarto, el abogado defensor Malcom Corey entraba en el ático del compositor:

—Buenas tardes, Duncan. Espero que ya no me considerará un molesto charlatán puesto que desea hacerme oír las primicias de su concierto inédito.

—Instálese, sírvase lo que le apetezca y soporte el preludio. —Sentándose en el taburete tras el piano, explicó Duncan—: Cuando usted escuchaba tras la puerta, la mención de «Sheila de Kilmorey» no le dijo nada de particular. Pero Mike, en Morse, me invitó a recoger la única carta que estaba en poder de Sheila Munroe. Esto ya debía haberme hecho comprender algo decisivo. De costumbre, un condenado a muerte, confía por completo en su abogado defensor, pero Mike estaba ya escarmentado. Había confiado en Tino Manfredi, y después en tres compañeros. Prefirió, en sus últimos instantes, confiar en un desconocido.

Corey escuchaba con la cortés actitud del que soporta a un contertulio algo prolijo.

—He recompuesto la sinfonía trágica que fue la existencia de Mike Langlen a partir del instante en que cabalgó el *charriot* en compañía de Manfredi. Tal como me explicó Brunel, un cantante francés —repitió Duncan lo que Brunel le había contado y al terminar, agregó—: ¿Qué le sucedió a Langlen entre el momento de huir a bordo del *Trix 2* y su aparición en Londres? Veamos, Corey... Usted es un abogado sin clientela. Cuando le toca por turno de oficio la defensa de Mike, usted sólo ve a un mentiroso que ha estrangulado para robar. En efecto, Langlen buscaba unos diamantes cuando la policía le sorprendió. Había estrangulado a Hosier, al no poder dominar su afán vengativo. Cuando vio que no le creían al mencionar la traición de Manfredi, se encerró en un mutismo constante, según usted mismo declaró.

—Y así fue.

—Usted pudo ser cómplice mientras sólo se trataba de una recuperación de unos diamantes que transportaba el *Kyra*, un barco hundido, sobre cuyo emplazamiento pasó Mike en *charriot*. Pero, si Brunel y Corbett le visitaron, y lograron convencerle de que no alteraría la sentencia la muerte de Langlen, el que usted se callase las confidencias de Langlen...

—Ésta es una suposición calumniosa, mi querido señor.

—Que demostraré. Mike le habló de Brunel, y de Corbett. Usted debió decirle que habían muerto. Y lo creyó Langlen, pero la desconfianza que le produjo su triste experiencia, le hizo llamarme. Dígame, Corey, ¿qué defensor podrá sacarle del atolladero cuando le acusen de complicidad en dos asesinatos y un intento de asesinato en mi persona?

—Usted... delira...

—Ayer noche me citó Brunel en su casa. Por el camino le pregunté al chófer si era posible conseguir un maniquí de cera con peluca roja. Los chóferes de taxi están acostumbrados a las peticiones raras, y los de París todavía más. Me condujo a un taller que surte en muñecos de cera, almacenes, tiendas y museos. Vestí un maniquí con mi sombrero y *anorak*. Lo impulsé al interior de la casa de Brunel, y el chófer que había aparcado su coche un poco más allá, pudo ver los manejos de un negro llamado Grant Corbett. Estrangulada Myrtle Grisswood, muerto a botellazos Brunel, y el maniquí con mi *anorak*, más un balazo en el costado y en la nuca, Grant Corbett sigue libre. Se ha desembarazado de tres cómplices. Uno lo suprimió Langlen. Al otro, lo mató a botellazos. A Myrtle, la que iba vendiendo los diamantes, la suprimió en previsión de posibles indiscreciones suyas. Puede que él piense también en suprimirle a usted, único testigo, ya que puede comprometerle.

Malcom Corey bebió un sorbo de *whisky*. Largo. Encendiendo un cigarrillo, manifestó:

—No he tenido nunca el menor contacto con ese tal Grant Corbett, ni con el francés Brunel. Es su obligación denunciar a la policía los hechos delictivos a los que alude, señor Duncan.

—Ya lo hice. Lo conté al inspector Romañac, que desde anoche sigue personalmente todos los pasos del bailarín Corbett. Que este mediodía tomó el avión en París para hospedarse aquí en el Regent.

Posiblemente piensa visitarle anocheciendo. Ya sólo usted y él, saben lo referente a los diamantes del *Kyra*... y yo. La Prensa publicó las muertes de Brunel y Myrtle como originadas por una reyerta producida por el alcohol. Menciona un tercer cadáver sin identificar, aunque me describen. Eso, gracias a la intervención del inspector Romañac. Ahora, Corbett sólo le tiene a usted como barrera entre él y los millones que sacó Langlen del *Kyra*.

—Persisto en afirmar bajo palabra de honor que desconozco la existencia de Grant Corbett.

—Apenas Corbett se alojó en el Regent, el inspector Romañac hizo colocar una derivación telefónica. ¿Sabe usted a quién llamó Corbett? A usted.

—Sería para obtener noticias de su compañero Hosier... Yo no recibí comunicación alguna de Corbett...

—Usted es un técnico en leyes. Encubrir una recuperación de diamantes es delito leve, puesto que sólo se perjudica la compañía aseguradora. Pero encubrir a un asesino como Corbett es ya otro cantar, mi querido señor leguleyo.

Malcom Corey se levantó:

—Persisto en considerar calumniosas todas sus cábalas.

—El fiscal le apabullará, Corey, si yo mantengo que usted avisó a Corbett de mis pesquisas. Le sería difícil demostrar lo contrario.

—¡Yo no avisé a Corbett! ¿Qué... qué se propone exactamente, Duncan?

—Compartir con usted la prima de recuperación de los diamantes. Decir que usted y yo decidimos investigar la desaparición de Mike, que éste no podía explicar debido a amnesia. Usted recibió la visita de Brunel y Corbett, apenas se hizo cargo de la defensa. Atribuyó su interés por saber lo que decía Langlen, a la amistad que profesaban a Hosier. El Lloyd ofreció trescientas mil libras por la información que permitiese recuperar los diamantes asegurados. ¿Cuánto le ofreció Corbett?

—La parte correspondiente a Hosier. Pero nunca supuse que habrían dos asesinatos... Escuche, Duncan... En efecto, yo le dije a Langlen que Brunel y Corbett habían muerto...

—¿Qué pasó desde el momento en que Corbett regresó de Monterosso y se disponían a fugarse?

—Langlen, hojeando revistas, halló la foto del *Kyra*. Les dijo a

los tres que sabía el emplazamiento exacto. Por eso se apoderaron del *Trix 2*, conteniendo equipos de buzo. Se dirigieron al lugar donde buceó Langlen. Al remontar por tercera vez anunciando que ya no quedaba nada, Grant Corbett le golpeó, tirándole al agua. Langlen me explicó que al recibir el primer golpe se hundió. Consiguió desembarazarse de las pesadas botas. Cuando, debido a su prodigiosa resistencia, remontó, ya estaba lejos el *Trix 2*. Le recogió un pesquero creyéndole un náufrago. Trabajó con ellos hasta conseguir el dinero para regresar a Londres. Fue a ver a Hosier, y no pudo contenerse. Lo estranguló.

—Si usted lo hubiese aducido en la defensa, se hubiera encontrado una gran atenuante para Mike. Voy a romperle la cara, Corey.

Embistió Duncan.

Cuando Diana y el inspector Romañac apartaban las cortinas tras el piano, Malcom Corey había roto con el cuerpo y la cabeza dos atriles, una mesita y una silla.

Hacía ya horas que Grant Corbett estaba esposado, en compañía de dos agentes de la Interpol.

—Me hacen falta tres semanas para descansar y reponerme de las fatigas de esta semana de vacaciones —declaró Duncan—. ¿Y dónde mejor que en Capri?

Diana Golden estuvo de acuerdo. Decidió aprender composición musical.

Y Glen Duncan, buceando por las azules aguas de Capri, encontró un tesoro de feminidad en la que abandonaba el servicio secreto para ser la esposa de un irlandés de gran sensibilidad musical.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

NOTAS

[1] Jefe de policía rural. < <

[2] xxx. < <